



Revista de Filología y Lingüística de la  
Universidad de Costa Rica  
ISSN: 0377-628X  
[filyling@gmail.com](mailto:filyling@gmail.com)  
Universidad de Costa Rica  
Costa Rica

Sánchez Avendaño, Carlos  
SITUACIÓN SOCIOLINGÜÍSTICA DE LAS LENGUAS MINORITARIAS DE COSTA RICA  
Y CENSO NACIONALES DE POBLACIÓN 1927-2000: VITALIDAD,  
DESPLAZAMIENTO Y AUTOAFILIACIÓN ETNOLINGÜÍSTICA  
Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica, vol. 35, núm. 2, julio-  
diciembre, 2009, pp. 233-273  
Universidad de Costa Rica  
San José, Costa Rica

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=33267173016>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

# SITUACIÓN SOCIOLINGÜÍSTICA DE LAS LENGUAS MINORITARIAS DE COSTA RICA Y CENSOS NACIONALES DE POBLACIÓN 1927-2000: VITALIDAD, DESPLAZAMIENTO Y AUTOAFILIACIÓN ETNOLINGÜÍSTICA<sup>1</sup>

*Carlos Sánchez Avendaño*

## RESUMEN

En el presente artículo, se analizan los datos de los censos poblacionales de 1927, 1950 y 2000 con respecto a las lenguas minoritarias de Costa Rica y se confronta dicha información con lo reportado por cronistas, viajeros, antropólogos, historiadores y lingüistas acerca de la vitalidad de tales idiomas y su proceso de desplazamiento.

**Palabras clave:** lenguas minoritarias de Costa Rica, lenguas indígenas de Costa Rica, inglés criollo limonense, vitalidad lingüística, desplazamiento de idiomas, censos de población.

## ABSTRACT

In this article, data concerning Costa Rican minority languages are analyzed and contrasted with information about the vitality and displacement progress of such languages as reported by chroniclers, travelers, anthropologists, historians and linguists. The numerical data under scrutiny were taken from the population censuses carried out in 1927, 1950, and 2000.

**Key words:** minority languages of Costa Rica, indigenous languages of Costa Rica, Limón creole English, linguistic vitality, language displacement, population censuses.

## 1. Las lenguas minoritarias de Costa Rica

El mosaico lingüístico costarricense actual está conformado por siete lenguas indoamericanas (bribri, bocotá, boruca o brunca, cabécar, guatuso o malecu, guaymí o gnöbe y térraba), a las que se añaden también dos idiomas que apenas sobreviven en algunos topónimos y como sustrato léxico en el español local: el huetar y el chorotega<sup>2</sup>. Si bien las corrientes

---

**ML. Carlos Sánchez Avendaño.** Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura de la Universidad de Costa Rica. Investigador del Instituto de Investigaciones Lingüísticas de la Universidad de Costa Rica.  
Correo electrónico: [tocumarama@yahoo.es](mailto:tocumarama@yahoo.es)

Recepción: 1- 3- 2010

Aceptación: 2- 4- 2010

migratorias desde Nicaragua también han traído consigo el asentamiento en Costa Rica de grupos de misquitos, sumos y ramas (cf. Constenla 1988; Tenorio 1988), se desconoce su número exacto y su grado de aculturación, de modo que por el momento no se puede analizar su situación sociolingüística.

A las lenguas amerindias citadas se suma una variedad criolla de inglés (denominada a veces “mekatelyu” o “mekaytelyuw”), hablada sobre todo en la costa atlántica del país por personas procedentes en su mayoría de Jamaica durante la segunda mitad del siglo XIX (cf. Herzfeld 2002), y la lengua de señas costarricense (el LESCO)<sup>3</sup>, con hablantes desperdigados en todo el territorio, pero con una concentración evidente en el Valle Central (cf. Woodward 1991; Retana 1993). Tanto el criollo limonense como el LESCO comparten con los idiomas indígenas el hecho de ser hablados por grupos minoritarios, históricamente marginados de los centros de poder y la toma de decisiones, y por lo general estigmatizados por sus raíces, su fenotipo o características físicas, su condición socioeconómica y sus prácticas culturales.

En el territorio costarricense, también se han hablado otras lenguas y han habitado otros grupos étnicos, pero la información al respecto es exigua. Por ejemplo, pese a que se tiene noticia de la existencia de otros pueblos indoamericanos en el territorio de la actual Costa Rica antes de la conquista española y durante los primeros años de la Colonia (quepos, votos, ramas, corobicíes, suerres, nahoas, catapas, tices, coctus, durucacas, náhuatl, nicaraos, quequexques, zapotes)<sup>4</sup>, de ellos no han sobrevivido hasta nuestros días más que referencias sucintas en las fuentes documentales (cf. Constenla 1988; Quesada 1996a; Quesada 2006)<sup>5</sup>. Asimismo, se sabe del asentamiento en el territorio nacional de “euroamericanos” (sobre todo alemanes, ingleses, franceses, españoles, italianos y estadounidenses), libaneses, judíos y chinos. En el caso de estos tres últimos grupos, parece ser que la tendencia general ha sido el abandono bastante temprano de sus idiomas vernáculos, en especial en lo que respecta al árabe y al yiddish (cf. Bozzoli 1995-1996). No obstante, no se ha estudiado con detenimiento su situación sociolingüística actual ni los censos poblacionales proporcionan información acerca de ellos ni de sus prácticas lingüísticas, exceptuando algunos datos relativos a la cantidad de personas de origen chino.

El español, la última lengua que participa en este mosaico, funciona como la lengua del grupo mayoritario de cultura hispánica, “blanco” y oyente. Su posición es la de lengua oficial y nacional del país, indispensable para el ascenso social y en la que se lleva a cabo la administración política y jurídica. Es, asimismo, el idioma de la transacción comercial (sin olvidar la pujanza del inglés como lengua internacional), de los medios de comunicación masiva, de la educación formal y de todos los ámbitos de la vida pública. Como es obvio, la relación entre las lenguas de los grupos minoritarios y el español es desequilibrada: las primeras están subordinadas al segundo, poseen un estatus poco valorado o rechazado de plano, y están relegadas a la comunicación intragrupal y familiar<sup>6</sup>.

Todo apunta a que la razón principal para la conservación de los idiomas indígenas y del inglés criollo hasta el presente se debe al aislamiento de las comunidades de hablantes y no a las políticas gubernamentales recientes. De hecho, si se observa el mapa de Costa Rica y se analiza la historia del país, con la distribución actual de los grupos indígenas que mantienen en alguna medida su lengua ancestral, se puede constatar con facilidad que se trata de regiones alejadas de los centros urbanos hispánicos y que, hasta la segunda mitad del siglo XX, eran de difícil acceso, por lo que se habla de una situación de refugio que posibilitó su sobrevivencia hasta la actualidad (cf. Bozzoli 1969). Empero, más recientemente, los distintos

grupos indoamericanos en Costa Rica han visto reducirse paulatinamente sus territorios y autonomía, y han sucumbido a un proceso de aculturación gradual que se manifiesta en diversos grados, mientras la actitud de los hispanocostarricenses ante estas lenguas-culturas ha sido tradicionalmente la de burla y desprecio, reproduciendo la mentalidad etnocentrista heredada de los tiempos coloniales (cf. Bozzoli 1969).

En relación con el criollo limonense, la escasa interacción con la mayoría hispanohablante del país y el aislamiento en que cayeron los afrodescendientes alrededor de 1934 explica también su mantenimiento, aunque este hecho ha cambiado de forma abrupta en las últimas décadas (cf. Putnam 2004). En cuanto al LESCO, el aislamiento no fue territorial, como en los demás casos, sino social: por lo general, los niños sordos tenían pocas posibilidades de interactuar en igualdad de condiciones con las personas oyentes, así que históricamente su proceso de adquisición del lenguaje solía retrasarse muchas veces hasta la adolescencia, cuando lograban entrar en contacto con otros sordos. Posteriormente, al conocer a personas con sus mismas condiciones auditivas, se crearon los espacios necesarios para que se produjera la configuración y convencionalización del idioma señalado. No obstante, sigue siendo una población aislada en un mundo dominado por oyentes.

Visto el panorama anterior, el propósito del presente artículo consiste en analizar los datos relativos a la situación sociolingüística de las lenguas minoritarias de Costa Rica en los Censos Nacionales de Población de 1927, 1950 y 2000, los únicos en la historia censal del país que han recogido información particular acerca de la diversidad lingüística en el territorio costarricense, con miras a efectuar algunas inferencias en torno a la vitalidad de los idiomas minoritarios hablados en el país, su proceso de declinación y la relación de las cifras con factores de tipo etnoidentitario. Asimismo, se confrontará dicho análisis con la información provista por cronistas, viajeros, antropólogos, lingüistas, geógrafos e historiadores, con el propósito de cotejar los datos numéricos con las observaciones etnográficas publicadas.

## **2. Desplazamiento de lenguas, vitalidad lingüística y censos de población**

El concepto de *desplazamiento lingüístico* se refiere al conjunto de los procesos que preceden a la extinción de un idioma y que, entre otras cosas, implican una redistribución funcional de las lenguas y un cambio paulatino que, por lo general, se produce en el marco de tres generaciones de la siguiente manera: primero debe darse el contacto de lenguas como prerequisito; luego la comunidad etnolingüística de menor estatus se hace bilingüe (sus miembros conservan el idioma vernáculo y adquieren la lengua del grupo dominante), pero a esta situación sobreviene propiamente el desplazamiento, cuando empieza a darse un uso recesivo de la lengua autóctona en la comunicación intragrupal. A este bilingüismo inestable le sigue finalmente la aparición del monolingüismo en la lengua del grupo mayoritario o dominante, cuando la generación bilingüe le transmite únicamente este idioma a la siguiente generación (cf. Brenzinger 2007). Asimismo, Fasold (1996) señala que las etapas finales del desplazamiento se caracterizan por la consideración de la lengua reemplazada como inferior, el incremento de un desequilibrio en los préstamos (por el cual la lengua vernácula se ve invadida por elementos de la lengua reemplazante) y la ya mencionada transmisión intergeneracional de solo el idioma del grupo hegemónico.

Por su parte, siguiendo a Zimmermann (2004), entendemos el concepto de *vitalidad lingüística* como una metáfora que alude a la disposición de una comunidad de habla de

emplear su idioma vernáculo en la mayor cantidad posible de dominios funcionales. A este respecto, en cuanto a las mediciones de la vitalidad y del riesgo de desaparición de una lengua, existen varias propuestas, pero la mayoría de ellas concibe el problema como una cuestión de grados con la vitalidad plena y la muerte como los polos en lo que en realidad constituye un continuum. Los criterios para “calcular” la vitalidad de los idiomas son variables, pero se pueden encontrar ciertos parámetros constantes: el número de hablantes, la edad de los usuarios de la lengua, la transmisión de esta a las nuevas generaciones y las funciones o dominios para los que se emplea (cf. Crystal 2001; Tsunoda 2006)<sup>7</sup>.

Tales parámetros se pueden establecer básicamente por medio de dos tipos de estrategias: el trabajo de campo de naturaleza etnográfica o la investigación de índole estadística. En el primero de ellos, el investigador observa detalladamente *in situ* en qué situaciones comunicativas y con qué personas se emplea un determinado idioma, cuál es la lengua en la que se verifica la socialización de los niños (qué hablan los padres o los adultos en general cuando se dirigen a los bebés y niños pequeños), qué edades tienen las personas que utilizan una lengua u otra y cuántos individuos de una comunidad lingüística conocen y emplean el idioma autóctono frente a los que recurren más a la lengua “externa” al grupo. Esta misma información se puede obtener por medio de instrumentos que se presten a un tratamiento estadístico mayor, como es el caso de las encuestas sociolingüísticas o los censos poblacionales, que son precisamente encuestas de tipo macro en las que se recogen datos de toda una población y no solo de una muestra (cf. Vries 2006).

Sin embargo, debe entenderse que la información obtenida no es exactamente la misma: con el método etnográfico (observación directa) se dibuja una situación a partir de observaciones de la realidad comunicativa, mientras que con las encuestas se obtiene información “reportada” (esto es, información proporcionada por los mismos encuestados como respuesta a una pregunta formulada por otro sujeto), con las consecuencias que ello implica en cuanto a la falta de correspondencia o no de lo reportado en relación con la realidad. Es por ello que en el presente trabajo buscamos complementar las dos perspectivas al analizar los datos censales, por medio del cotejo de las cifras con observaciones recogidas en crónicas de viaje y documentos de tipo académico.

En lo concerniente a los censos, Fasold (1996) plantea que los problemas típicos en cuanto a la información de tipo lingüístico son cuatro: las preguntas (los censos pueden preguntar de muy diversas maneras por la información lingüística y las preguntas pueden ser vagas o difíciles de comprender para una persona promedio), las respuestas (los encuestados pueden infravalorar o sobrevalorar su competencia, pueden negar su conocimiento de una lengua determinada o pueden afirmar hablar un idioma por considerarlo socialmente prestigioso; también puede ser que los encuestados no entiendan realmente a qué se refiere la pregunta y que contesten por lo tanto de modo erróneo; por último, una misma lengua puede recibir distintas designaciones, de manera que los nombres que manejan los encuestadores y los que usan los encuestados podrían no coincidir), la geografía (la dificultad para llegar a determinadas zonas puede provocar que haya regiones mal representadas y las fronteras geopolíticas pueden no coincidir para el grupo de hablantes y para el Estado) y el manejo de la información (el encuestador puede tener problemas en la interpretación de las respuestas y se pueden presentar problemas también en la tabulación de los datos a la hora de considerar los sesgos introducidos por los encuestadores).

A este respecto, cabe mencionar que, si lo que se pretende recoger en el censo es información sobre la situación lingüística de un país, se debe tomar la decisión de cómo se ha

de formular la pregunta. Las tres opciones más comúnmente utilizadas son preguntar por la lengua materna (la primera lengua que se aprendió a hablar), por el idioma más utilizado por el individuo o su lengua principal, o por la habilidad de hablar lenguas específicas (que se le presentan al encuestado en forma de lista) (cf. Fasold 1996; Arel 2002; Vries 2006). Un censo puede recoger información únicamente acerca de una de estas situaciones, como ocurrió con los Censos de 1927 y 1950 en Costa Rica; puede tratar de representarlas todas, como sucede en los censos poblacionales de Canadá (cf. Arel 2002) y, con algunas salvedades, en el del 2000 en Costa Rica; o puede omitir a propósito ítems sobre la situación sociolingüística del país por presiones de tipo político provenientes de algún sector de la población, como sucede en Bélgica (cf. Arel 2002; Vries 2006), o simplemente porque ese tipo de información no les interesa a los líderes del grupo que ostenta el poder político y económico por razones ideológicas o porque no se ve el beneficio, como posiblemente ocurrió en los demás censos de Costa Rica.

En cuanto a los posibles problemas de la información de índole lingüística que se puede recoger con un censo de población, hay que tener claro que, en el primer caso, la respuesta sobre la lengua materna no nos dice con certeza cuál es el uso ni la competencia presentes que muestra esa persona, pues bien puede haberse producido un cambio de idioma a lo largo de la vida del individuo. En el segundo caso, también surge el inconveniente de que debería detallarse la situación comunicativa (lugar, interlocutores, tema), pues en las sociedades multilingües la alternancia entre los diversos códigos lingüísticos de que dispone la población está determinada por el contexto comunicativo, lo que significa que la lengua más hablada en la casa para los intercambios comunicativos intragrupales íntimos y familiares puede ser distinta de la empleada en el trabajo o en las situaciones comunicativas formales o intergrupales<sup>8</sup>.

Por último, la pregunta por la competencia lingüística de los sujetos suele ser vaga en el tanto no se cuente con criterios objetivos para su medición, cosa que se escapa a la naturaleza misma de los censos. En todo caso, si de lo que se trata es de recoger la información autorreportada por la gente, mínimamente se deben proporcionar ciertos parámetros, como por ejemplo dar la oportunidad de declarar si se tiene competencia en cada una de las habilidades (lectura, escritura, habla y escucha) o proporcionar una escala de competencia para que se indique el nivel (*bien, con dificultad, mal, etc.*), como se hace por ejemplo en los censos de Cataluña y el País Vasco (cf. Arel 2002). Asimismo, se recomienda que la información sobre la competencia lingüística en cada destreza comunicativa se recoja atendiendo variables sociales como edad, género, ocupación y nivel educativo (cf. Verdoodt 2007).

Debido a todo lo anterior, uno podría querer cuestionar la utilidad de la información censal. Vries (2006), por ejemplo, recoge opiniones de diversos autores que se muestran escépticos y hasta contrarios hacia este tipo de datos, por depender de las consideraciones subjetivas de los encuestados sobre su competencia lingüística sin que estas sean enfrentadas a mediciones objetivas. De la misma manera, se señalan los problemas comentados sobre la distinción entre lengua materna y lengua más usada, entre dominios comunicativos, entre diglosia y pérdida de la lengua. En este sentido, Vries insiste en que no debe perderse de vista que las preguntas cerradas de un censo solo proporcionan la información limitada por la que se pregunta, sea esta la primera lengua adquirida, el idioma que se sabe mejor o el que más se utiliza en determinado ámbito. Aún reconociendo la pertinencia de este argumento, no debe olvidarse tampoco que se está recogiendo información reportada y que no es cierto que una “simple” respuesta a una pregunta cerrada no proporcione más información que la que se solicita; esto es, como lo detallaremos luego, no es verdad que declarar que se es hablante de

X solo implique que la persona *reporte* que así es, sino que también nos informa que la persona *siente* que así es por motivos, por ejemplo, de identificación étnica. Por otra parte, existen también otros tipos de sesgo, como que el encuestado oculte información o proporcione datos incorrectos debido a que no quiere ser identificado como hablante de la lengua X (ni como miembro de la etnia X), por diversas razones.

Por último, debe reconocerse que es muy pertinente la posición de Vries (2006) en cuanto a que los censos tienen como propósito recoger información que se preste a un tratamiento estadístico con fines administrativos, para que los gobiernos puedan tomar decisiones de alcance regional o nacional y formular políticas de diverso tipo partiendo de datos sociodemográficos acerca de la población. En lo relativo a la situación lingüística, los censos sirven para emitir políticas lingüísticas acerca de dónde está concentrada la mayoría de la población hablante de la lengua X y que, por ende, requiere de servicios educativos y administrativos que consideren su especificidad comunicativa, o cuál es la situación sociolingüística de la lengua vernácula y, por lo tanto, qué lineamientos se deben tomar para la planificación del lenguaje.

### **3. Los censos nacionales de población en Costa Rica y la información de naturaleza sociolingüística: Vitalidad, desplazamiento y autoafiliación etnolingüística**

Con anterioridad al Censo del 2000, el último realizado hasta la fecha, solo los censos de 1927 y 1950 recogieron información lingüística, y esta únicamente relativa a la lengua materna. De hecho, en el Primer Censo de Población de la República de Costa Rica, fechado en 1864, no se recogió información etnolingüística de ningún tipo a no ser por algunas estimaciones de la población amerindia del país<sup>9</sup>. Esta posición no debe provocar extrañeza alguna, si se considera que las culturas indoamericanas en esta época son concebidas de modo etnocentrista como de escaso valor, de manera que el conocimiento de sus prácticas lingüísticas probablemente haya carecido de relevancia para las instancias administrativas de la época, una vez que el sistema productivo no requería de la mano de obra indígena para subsistir ni la reducción ideológica por medio de su conversión al catolicismo era una prioridad, como sí sucedió durante gran parte de la época colonial, cuando fueron sometidos al poder español especialmente los huertares y chorotegas (y otros grupos de los que se carece de información lingüística detallada) (cf. Ibarra 1999).

El mismo desinterés por lo aborigen se hará patente en los sucesivos censos de 1883 y 1892, aunque en este último ni siquiera se abordará el asunto de la diversidad de la composición étnica de la población costarricense, omisión que se subsanará en los censos de 1927 y 1950, para volver a presentarse en los de 1963, 1973 y 1984. Esto es, contamos con datos de naturaleza lingüística en tan solo tres de los nueve censos de población que se han llevado a cabo, mientras que se pueden encontrar algunos datos sobre diversidad étnica en cinco de ellos.

En vista de lo anterior, a continuación vamos a analizar con detenimiento la información de corte sociolingüístico que se puede obtener de los censos de 1927, 1950 y 2000<sup>10</sup>. Debe recalcarse, no obstante, que el aprovechamiento de los datos censales con fines de análisis sociolingüístico va más allá de las comparaciones e inferencias que llevamos a cabo en el presente artículo. A modo de ejemplo, mediante el empleo del índice de fraccionalización etnolingüístico (IFE), un instrumento estadístico usado, entre otras cosas<sup>11</sup>, para calcular la

probabilidad de que dos individuos de una misma región no pertenezcan al mismo grupo etnolingüístico, Mendoza (2002) estima que, según los datos del Censo del 2000, dicha probabilidad es de un 58% en el cantón de Talamanca, un 55% en el cantón de Limón, y un 52% en Matina, por lo que estos tres serían los cantones más etnolingüísticamente diversos del país<sup>12</sup>. Por nuestra parte, como ya lo expresamos, el interés se centra en lo que los datos censales nos puedan decir sobre el proceso de desplazamiento y la vitalidad de las lenguas minoritarias de Costa Rica, por lo cual nos detendremos en el análisis de estos temas y en su cotejo con las observaciones etnográficas publicadas.

En el caso del Censo de 1927, de acuerdo con Boza (2005), los datos indican que el 98,9% de los indígenas del Caribe Sur conservaban la lengua vernácula como idioma materno, mientras que los amerindios del Pacífico eran en su mayoría castellanohablantes, lo cual, aunado a otros datos culturales, revela la abismal diferencia en cuanto a la aculturación de las diversas etnias indoamericanas de Costa Rica en este momento. En el siguiente cuadro, se muestra la información sociolingüística que se puede obtener de los datos censales de 1927 recuperados por Boza (2004)<sup>13</sup>:

**Cuadro 1. Lengua materna por región de los indígenas en el Censo de 1927  
(Modificado de Boza 2004:358-359)**

Lugar	Habitantes indígenas	Lengua materna				Posible lengua indígena de la que se trata <sup>14</sup>
		Español	Inglés	Indio	ND	
Chirripó	368			368 / 100%		Cabécar
Chase-Sixaola	10		3 / 30%	7 / 70%		Bribri
Bratsi y alrededores	37	1 / 2,7%		36 / 97,29%		Bribri
Urén-Yorkín	201		1 / 0,5%	200 / 99,5%		Bribri
Lari y Urén-Lari	331	3 / 0,9%		328 / 99,09%		Bribri
Coén	311			311 / 100%		Cabécar y Bribri
Tiliri				96 / 100%		Cabécar y Bribri
Estrella	103	1 / 0,97%	1 / 0,97%	95 / 92,23%	6 / 5,82%	Cabécar
Boruca	330	328 / 99,39%			2 (NA) / 0,6%	Boruca
Térraba	208	117 / 56,25%		64 / 30,76%	27 / 12,98%	Térraba

Como vemos, estos datos nos informan sobre el avanzado estado de desplazamiento del boruca (con un 99,39% de individuos que reportaron tener el español como lengua materna) y el térraba (con un 56,25% de castellanohablantes nativos)<sup>15</sup>, aunque lo más probable es que, para esta fecha, una buena parte de los miembros de estas etnias fueran todavía bilingües con diversos grados de competencia en la lengua vernácula y el español. Resulta curioso que los datos censales muestren, eso sí, un posible estado de conservación mayor en el caso del térraba que del boruca, con 30,76% personas que declararon tener

el primero de ellos como idioma materno, sobre todo sabiendo que para finales del siglo pasado los lingüistas encontraron más hablantes (fluidos y semifluidos) de boruca que de térraba (cf. Portilla 1986; Quesada y Rojas 1999; Constenla 2007).

De modo opuesto, el cuadro 1 nos informa de la conservación de una muy buena vitalidad en el caso del cabécar (p.ej. 100% en Chirripó y 92,23% en la Estrella) y el bri bri (p.ej. 99,5% en Urén-Yorkín y 99,09% en Lari y Urén-Lari), al menos en Talamanca<sup>16</sup>. Es decir, la ancestral condición de refugio de la región talamanqueña (cf. Ibarra 1990) seguía conservándose bastante bien y la lealtad lingüística no mostraba signos de declinación. Hasta donde sabemos por las crónicas de quienes visitaban el lugar, el guatuso<sup>17</sup> estaría para esta época en una situación parecida a la de las lenguas talamanqueñas.

La condición de evidente desplazamiento por la que estaban atravesando el boruca y el térraba se explica por la historia colonial de ambos grupos. Ya en el siglo XVII los borucas estaban sometidos al poder español (cf. Quesada 1996b), por lo cual había comenzado un acelerado proceso de aculturación y pérdida de su lengua vernácula (cf. Solórzano 1997). Asimismo, como parte de las estrategias empleadas por los conquistadores para lidiar con las insurrecciones indígenas en la región, los térrabas, grupo de tiribíes (o nasos) cristianizados<sup>18</sup>, habían sido trasladados por frailes franciscanos en 1695 desde la provincia de Bocas del Toro, Panamá, y habían sido ubicados en el recién fundado pueblo de San Francisco de Térraba en el sur de Costa Rica, cerca de los borucas (cf. Portilla 1986, Constenla 2007). En este caso, también la etnia sufrió un proceso de aculturación intenso que culminó recientemente con la práctica extinción de su idioma. No obstante, contrario a lo que sucedió con el chorotega<sup>19</sup> y el huetar<sup>20</sup>, tanto del boruca como del térraba se pudieron recoger materiales de los últimos hablantes ancianos que los conocían (cf. Constenla 2007; Constenla y Maroto 1979; Portilla 1986; Quesada 1996b; Quesada y Rojas 1999)<sup>21</sup>.

En cuanto a los talamanqueños (bribris y cabécares), durante todo el período de dominación colonial, estos se destacaron por su resistencia, pese a que los españoles intentaron repetidas veces dominarlos, trasladarlos a otras regiones, desestructurar sus sistemas político-religiosos y exterminarlos, sea porque necesitaban someterlos como mano de obra ante la reducción creciente de la población huetar o debido a que se creía que en el territorio de Talamanca abundaba el oro (cf. Solórzano 1997; Ibarra 1999; Boza y Solórzano 2000). Estos grupos lograron sobrevivir a los intentos colonizadores y evangelizadores que se prolongaron durante siglos, incluso mucho tiempo después de la independencia, contra fuerzas como la de la United Fruit Company. La vitalidad que muestran las lenguas talamanqueñas en el momento de realización de este censo es prueba de que sus hablantes aún conservaban cierta autonomía y se mantenían al menos relativamente “leales” a sus tradiciones culturales, especialmente en lo relativo al mantenimiento de sus lenguas autóctonas.

Por último, en cuanto a este censo, si bien se afirma que la propaganda previa a su realización se tradujo al inglés para que circulara en Limón y que se contó en algunos casos con intérpretes para la población extranjera de Limón y en Talamanca para las lenguas indígenas, esto debe interpretarse como un simple requerimiento metodológico y no como una muestra de interés por la diversidad lingüística del país. En todo caso, se puede inferir que, si fue necesario contar con intérpretes para las lenguas talamanqueñas y para los “extranjeros” de Limón, al menos una buena parte de la población bri bri, cabécar y afrodescendiente de la zona no era bilingüe en castellano, lo cual refuerza nuestra interpretación de que los idiomas talamanqueños, así como el criollo limonense, se encontraban en este momento en un estado de resistencia<sup>22</sup>, contrario a lo que sucedía con el boruca y el térraba, en cuyo caso

no se menciona que fuera necesario recurrir a intérpretes. Lamentablemente, no contamos con datos sobre el “tipo” de inglés hablado por los afrodescendientes ni de la lengua de los habitantes chinos, aunque con seguridad la variedad de inglés utilizada por la población afrolimonense debía ser el criollo jamaiquino (cf. Herzfeld 2002) y la mayoría de la población china hablaría el cantonés y, algunos, el hakka (cf. Chen 1992). Finalmente, del LESCO ni siquiera tenemos ninguna información documental que nos permita inferir cuál era su situación para este momento.

En el caso particular del inglés limonense, se sabe que fue en el último tercio del siglo XIX que la población de origen afroantillano entra en el panorama lingüístico-cultural del país, proveniente en su mayoría de Jamaica a partir de 1872, con motivo de la construcción del ferrocarril y de un puerto en el Atlántico. Estos afrocaribeños se mantuvieron aislados debido, por una parte, a las políticas de la United Fruit Co. y del gobierno costarricense, y, por otra, a su deseo de conservarse como un grupo étnico distinto al hispanocostarricense y por su intención de no quedarse residiendo por siempre en el país. Sin embargo, la mayoría terminó quedándose en la provincia de Limón por varios motivos: primero porque, una vez terminada la vía férrea en 1890, el trabajo en las plantaciones de banano se perfiló como una buena fuente de empleo; luego, cuando esta industria mermó, se quedaron con pocas posibilidades económicas de costearse el regreso a sus tierras de origen (cf. Duncan y Meléndez 2005, Herzfeld 2002). Los datos del Censo de 1927 nos proporcionan cierta información al respecto: se dice que el inglés es la primera lengua del 43,2% de los extranjeros (19177 individuos anglohablantes), de los cuales el 38,9% son de origen jamaiquino. Por ende, no cabe duda de que la variedad criolla del inglés proveniente sobre todo de Jamaica preponderaba en Limón para este momento (cf. Herzfeld 2002)<sup>23</sup>.

Los datos del Censo de 1950 relativos a la lengua materna (entendiendo por esta –según la definición del mismo Censo– el idioma más hablado por el sujeto durante su niñez en el hogar y sin tomar en cuenta si el individuo hablaba otra lengua en el momento de la realización de la encuesta) están organizados según las variables ‘población urbana’/‘población rural’, ‘género’ y ‘edad’, por lo que permiten realizar algunas inferencias interesantes. En primer lugar, debemos decir que se presentaron las siguientes categorías: castellano, inglés, francés, italiano, alemán, lengua indígena y otras<sup>24</sup>. El número de hablantes nativos del español asciende a 779 871 individuos, mientras que las personas que tienen una lengua indígena como idioma materno suman 2 611. Por último, el inglés se reporta como la lengua materna de 15 312 individuos y en la categoría de ‘otras’ se consigna el número de 1 669 personas. En el cuadro 2, se muestran los datos totales según la variable *urbanitas* de las categorías ‘castellano’, ‘inglés’ y ‘lengua indígena’:

**Cuadro 2. Lengua materna de la población costarricense en el Censo de 1950**

Lengua materna	Población total	Población urbana	Población rural
Castellano	779 871 / 97,37%	259 209	520 662
Inglés	15 312 / 1,91%	6 781	8 631
Lengua indígena	2 611 / 0,32%	6	2 605

Se aprecia que todas las lenguas consideradas (la categoría ‘lengua indígena’ engloba a los diversos idiomas amerindios, sin que sea posible determinar con exactitud cuáles de ellos fueron considerados en el conteo) eran más habladas en las zonas rurales, lo que en realidad

revela algo sobre la configuración demográfica de Costa Rica en relación con el territorio y la ocupación: la mayoría de las personas se dedicaban a la agricultura<sup>25</sup>. Sin embargo, sí se puede notar una distribución territorial evidente de las lenguas indígenas como lenguas habladas casi exclusivamente en espacios rurales<sup>26</sup>. Esto indica que las lenguas amerindias no tienen espacios de *urbanitas* y que para este año ya han desaparecido las lenguas indígenas de las zonas de poblamiento hispánico<sup>27</sup>. De hecho, solo se reportan hablantes de lenguas indoamericanas para las provincias de Alajuela (0,08%, seguramente guatusos), Cartago (0,36%), Puntarenas (1,04%, posiblemente hablantes de boruca, térraba y bribri) y Limón (2,92%, con seguridad hablantes de bribri y cabécar). Se confirma, entonces, la extinción del chorotega<sup>28</sup> (la provincia de Guanacaste no consigna hablantes de lengua indígena) y el huetar<sup>29</sup> (en general, las provincias del Valle Central no reportan tampoco hablantes de idiomas amerindios), aunque el dato de 0,36% en Cartago resulta algo sorprendente, dado que implicaría que aún quedaban hablantes de cabécar en pueblos como Orosi o Tucurrique<sup>30</sup>, o bien “restos” de huetar en antiguos pueblos de indios, como Cot, lo cual es bastante improbable. La explicación que daremos más adelante para una información parecida del Censo del 2000 quizás podría aplicarse también en este caso.

Las variables ‘edad’ y ‘género’ no introducen diferencias apreciables para ninguna de las categorías lingüísticas. Esto de por sí ya resulta muy informativo, en vista de que se puede concluir que la transmisión intergeneracional de las lenguas indígenas contaba aún con plena vigencia para la época; esto es, el número de niños pequeños que aparecen con un idioma amerindio como lengua materna es alto (de hecho, para ambos casos la categoría etaria ‘menos de 7 años’ es la más alta). También se infiere que la vitalidad de las lenguas indoamericanas habladas en los territorios rurales era alta en este momento, pues las personas identificadas como indígenas suman 2 692 individuos en el Censo y el número de personas con lengua indígena natal asciende a 2 611; es decir, solamente habría 81 individuos indígenas que para ese año no tenían la lengua vernácula como su primera lengua (un 3% del total de la población indocostarricense).

Otro dato interesante es la proporción de quienes tienen el español como lengua materna frente a aquellos cuyo idioma natal es una lengua indígena o el inglés. Para 1950, se aprecia el carácter claramente minoritario de las lenguas amerindias, no solo en términos de distribución funcional (desventaja instaurada desde la época colonial) sino también y de forma abrumadora en términos numéricos. El inglés se ubica como la segunda lengua con más hablantes nativos en el país (1,91%). De nuevo, se puede suponer con razón que la mayoría de quienes aparecen como hablantes nativos de inglés son afrodescendientes, así que se trataría en realidad de hablantes del criollo limonense<sup>31</sup>. En el análisis del mismo censo, se afirma que la lengua materna preponderante en seis de las siete provincias del país es el castellano, pero que en Limón no sucede así por el porcentaje precisamente de “población de color” (33,24%), que hace que en esta región el inglés sea la lengua materna de 32,12% de los habitantes.

Al respecto se acota: “Sin embargo, poco a poco se ha venido efectuando una asimilación del castellano por los habitantes de la mencionada provincia” (Censo de 1950: 83). Es decir, los encargados de procesar e interpretar los datos censales creyeron importante indicar que el bilingüismo estaba en aumento en esa zona. Vale la pena conjutar acerca de la explicación de este proceder: el grupo afrodescendiente hacia de Limón la única provincia del país en la que el español no era el idioma materno plenamente dominante, así que era necesario atajar cualquier preocupación en torno a la amenaza a su supremacía, sobre todo si se piensa que ya para este

momento los afrodescendientes habían dejado de ser considerados como extranjeros (cf. Duncan y Meléndez 2005), por lo que se podía ver afectada la imagen de una población costarricense mayoritariamente homogénea (cf. Boza y Solórzano 2000). Veamos si los datos del Censo confirman el incipiente desplazamiento lingüístico que se incluyó en su interpretación, para cual los mismos autores dan como evidencia el siguiente cuadro:

**Cuadro 3. Lengua materna de la población limonense  
(Censo de Población de 1950:83)**

<b>Edad</b>	<b>Porcentajes</b>			
	Total	Castellano	Inglés	Otros
Todas las edades	100	63.88	32.12	4.00
Menores de 7 años	100	70.76	25.52	3.72
7-9 años	100	65.68	30.49	3.83
10-14 años	100	65.40	30.80	3.80
15-19 años	100	68.85	26.45	4.70
20-24 años	100	70.90	24.21	4.89
25-34 años	100	64.52	31.51	3.97
35-44 años	100	64.56	31.72	3.72
45-54 años	100	58.43	37.44	4.13
55-64 años	100	40.93	54.75	4.32
65 y más años	100	32.37	64.56	3.07

En realidad, los datos no están organizados según la variable étnica, sino que se dan para toda la población de la provincia. Asimismo, si bien el porcentaje para los menores de 7 años anglohablantes se redujo en unos cinco puntos porcentuales con respecto a los rangos de 7-9 años y 10-14 años, es muy cercano a los rangos de 15-19 años y 20-24 años, para volver a ser menor en unos seis puntos con respecto a los rangos de 25-34 años y 35-44 años. La diferencia es solo evidentemente grande en relación con los rangos de 45-54 años, 55-64 años y 65 y más años. En este sentido, lo que con toda probabilidad muestran estas cifras es el aumento de la población de origen hispánico en la región, pues se puede apreciar que la categoría ‘otros’ se mantiene bastante estable (con seguridad se trata en su mayoría de las lenguas indígenas y de los idiomas que reportaron quienes fueron adscritos a la categoría de “amarillos”). En efecto, para esta fecha había 930 ‘blancos y mestizos’ con edades entre 55 y 64 años y 7709 menores de 9 años para la misma categoría étnica, mientras que se reportan 1232 ‘negros’ de entre 55 y 64 años y 3188 menores de 9 años para ese mismo grupo. En otras palabras, la población afrolimonense apenas creció poco más del doble, mientras que la de origen hispánico aumentó más de ocho veces.

Nuestra posición se confirma si se analizan con detalle más datos poblacionales del mismo censo con respecto a la provincia de Limón y que fueron obviados por los autores del informe: negros: 33,24% (13749), blancos y mestizos: 62,68% (25926), indígenas: 3,08% (1278) y amarillos: 0,87% (361). Es decir, si suponemos que la gran mayoría de los anglohablantes de la región eran afrodescendientes, habría tan solo un 1,12% de individuos negros que no reportaron el inglés como su lengua materna, frente a un 1,2% de personas que dijeron ser

hablantes nativos del castellano y que no se contemplaron en la categoría de ‘blancos y mestizos’. Si sumamos la cantidad de ‘indígenas’ y ‘amarillos’, obtenemos un 3,95% de la población limonense, esto es, habría apenas un 0,05% de sujetos en la categoría lingüística ‘otros’ que no estaría adscrito a ninguna de estas dos categorías étnicas. Todo esto quiere decir que la enorme mayoría de la población afrolimonense declaró tener el inglés como lengua materna y quizás solo un 1,12% de ellos serían hispanohablantes nativos, precisamente casi el porcentaje “adicional” de 1,20% que se encuentra en la categoría lingüística de ‘castellano’. Por consiguiente, el inglés limonense conserva una muy buena vitalidad para 1950<sup>32</sup>.

También es equivocada la interpretación de que se revela un decrecimiento intergeneracional, pues al realizar el mismo procedimiento indicado por rangos de edad se confirma nuestra hipótesis de que lo que aumenta es la población ‘blanca y mestiza’ en la provincia, lo cual incide en el crecimiento de la cantidad de castellanohablantes. A modo de ejemplo, obsérvense los siguientes datos: en el rango de menores de 9 años hay 67,63% de ‘blancos y mestizos’ frente a 27,96% de ‘negros’; para este mismo rango los hablantes de ‘castellano’ suman 68,22% frente a 28% de anglohablantes. En el rango de 10-14 años, hay un 64,14% de ‘blancos y mestizos’ y un 31,73% de ‘negros’; 65,4% de castellanohablantes frente a 30,8% de angloparlantes. En el rango de 15-19 años, tenemos 66,9% de ‘blancos y negros’ frente a 28,03% de ‘negros’, y 68,85% de hablantes de ‘castellano’ frente a 26,45% de hablantes de ‘inglés’. Por último, en el rango de 55-64 años, se hallan 41,46% de ‘blancos y mestizos’ frente a 54,92% de ‘negros’, y 40,93% de hispanohablantes frente a 54,75% de anglohablantes. Es decir, la diferencia entre la categoría “racial” y la categoría lingüística se mantiene relativamente estable entre uno y dos puntos porcentuales, lo que revela que no existe tal “asimilación del castellano”.

Como se adelantó, los Censos de 1973 y 1984 no recogieron información sobre la diversidad étnica del país ni tampoco lo hicieron con respecto a la diversidad lingüística, de modo que volvemos a contar con datos etnolingüísticos con una diferencia de 50 años, cuando se lleva a cabo el Censo del 2000. Dicho censo solo realizó la pregunta relativa a la información lingüística en el caso de los territorios indígenas (cf. Solano 2004), por lo que no se sabe cuántos de quienes se identificaron como afrocostarricenses son hablantes del criollo<sup>33</sup>. Exactamente lo mismo ocurre con las personas que se identificaron como chinas, para quienes no se consignó ningún dato sobre su lengua materna o su conocimiento de cantonés, mandarín o algún otro idioma chino. Asimismo, puesto que la información sobre las personas sordas (26 235 individuos; el 0,7% de la población total del país) se recogió en el rubro de población por “condición y tipo de discapacidad”, se desconoce el dato de cuántos de ellos son usuarios del LESCO<sup>34</sup>. Por consiguiente, en lo sucesivo nuestro análisis se concentra en la información censal sobre las lenguas amerindias.

En el cuadro 4, relativo a la lengua materna, se aprecia que el porcentaje de la categoría de ‘ignorado’ no es nada despreciable. Constituye, con toda probabilidad, una prueba más de la dificultad que conlleva la medición de las situaciones lingüísticas en las comunidades bilingües. Obsérvese también que, al igual que sucede con los censos de 1927 y 1950, los datos no permiten determinar el porcentaje de bilingües naturales o simultáneos; esto es, aquellos individuos que *sienten* tener el español y el respectivo idioma vernáculo ambos como lenguas maternas. En este sentido, los censos no han registrado adecuadamente el bilingüismo “de infancia”, sino que han obligado a los individuos a decantarse por una u otra opción: o la lengua materna es el idioma indígena o es solo el español<sup>35</sup>. Es posible, por ende, que los bilingües simultáneos estén incluidos en la categoría de ‘lengua indígena’ o en ‘ignorado’. Nótese, por último, que el número total de individuos para los que se recogió información

constituye menos de la mitad de la población clasificada como ‘indígena’; esto se debe a que, como se ha de recordar, la información lingüística se recogió solo en los territorios indígenas (el 42,3% del número total), por lo que no se incorporan datos sobre los individuos que residían en la periferia de tales territorios (18,2%) ni mucho menos acerca de los que habitan en otras zonas del país (39,5%, número que probablemente incluye a muchos indígenas nicaragüenses y guaymíes). En este sentido, se desconoce por completo cuál es la lengua materna reportada de la mayoría de la población amerindia de Costa Rica.

**Cuadro 4. Lengua materna de los individuos indígenas según el Censo del 2000**

Categorías	Casos	Porcentaje
Lengua indígena	15 352	56,77
Solo en español	8 782	32,47
Otras lenguas	1	0,003
Ignorado	2 906	10,74
Total	27 041	100,00

Podemos comparar los datos del Censo del 2000 con los de 1927 y los de 1950 en este aspecto y notar el enorme aumento del monolingüismo infantil en español; esto es, en 1927, el dominio de las lenguas vernáculas de los grupos en condición de refugio (bribris, cabécares y, con toda seguridad, guatusos) alcanzaba prácticamente al 100% de la población; en 1950, presumiblemente solo el 3% de esta misma población indígena tendría como lengua materna el español, mientras que 50 años después la cifra aumentó al 32,47%. Sin embargo, hay que tomar tales cálculos globales con mucha precaución, sobre todo en lo relativo a la fidelidad de los números, pues, en primer lugar, no sabemos con exactitud cómo se obtuvo la información y, en segundo lugar, la cifra del 2000 incluye a borucas y térrabas, cuya lengua ya se reportaba con una fuerte pérdida de vitalidad para 1927. Si nos concentramos únicamente en los dos idiomas para los que parece haber continuidad en la consignación de datos, el bri bri y el cabécar, podemos apreciar que el abandono gradual de las lenguas vernáculas es real: se pasa del 98,9% en 1927 al 97% en 1950 y, finalmente, al 66,35% en el 2000.

La variable ‘edad’ muestra una tendencia a la disminución de individuos que se reportan como hablantes nativos de las lenguas amerindias en el Censo del 2000: 50,7% en el rango de 0-9 años, que sube a 59,9% en el rango de 10-19 y luego a 63,5% de 20-29 y de 30-39<sup>36</sup>. En este sentido, a menos que la lengua amerindia sea adquirida posteriormente (de hecho, es bastante improbable que en el caso de estas lenguas se dé un buen aprendizaje si no es por transmisión intergeneracional), el proceso de muerte de estos idiomas muestra síntomas de haberse acelerado abruptamente en las últimas décadas<sup>37</sup>. Esta observación coincidiría con lo señalado por Bozzoli (1969) acerca de la pérdida de la región de refugio de los pueblos amerindios costarricenses y de su concomitante aculturación, tras desaparecer gran parte de la organización política autóctona y de las prácticas culturales ancestrales, y aunarse esto a la pérdida paulatina de las tierras ante la llegada de campesinos hispanos, la intensificación de las misiones cristianas, la destrucción de las selvas y la construcción de infraestructura vial que ha facilitado el acceso a las regiones aisladas en las que se refugiaron los pueblos indoamericanos que habían logrado sobrevivir a la dominación hispánica hasta época reciente. En este panorama, los idiomas indígenas actuales de Costa Rica han pasado a ser lenguas en grave peligro de desaparición<sup>38</sup>.

Disponemos también de información relativa a cada grupo amerindio según el Censo del 2000, lo cual debe interpretarse como un cambio radical en relación con las prácticas censales anteriores: dado que ya no se considera que una persona sea ‘indígena’ sin más, sino que se reconoce la diversidad de atributos culturales, también se parte de que cada etnia indocostarricense tiene un idioma propio<sup>39</sup>. Los datos del cuadro 5 muestran que las lenguas que se encuentran en una mejor situación en cuanto a transmisión intergeneracional son el guaymí<sup>40</sup> (83,6%) y el cabécar (80,2%), mientras que la situación está llegando a un punto muy peligroso en cuanto al bri bri (52,5%) y, sobre todo, el guatuso (46,8%). Las cifras correspondientes al térraba (7,4%) posiblemente estén infladas, al igual que sucede con el informe sobre si se habla la lengua indígena, como se mostrará luego. Por último, en cuanto al huetar (0,6%) y el chorotega (2,2%), la información es con toda seguridad incorrecta, hecho que detallaremos más adelante con respecto a los datos de hablantes actuales. Recuérdese que los datos son solo indicativos de una tendencia de declinación de la lengua y que presentan los problemas que ya señalamos: número alto de la categoría ‘ignorado’ y exclusión de la posibilidad de declararse bilingüe simultáneo español-lengua indígena, como posiblemente es el caso de muchos de los encuestados.

**Cuadro 5. Lengua materna por etnia amerindia según el Censo del 2000**

Pueblo indígena	Lengua indígena	Solo en español	Otra lengua	Ignorado
Bribri	5 165 / 52,5%	3 554 / 36,1%	-	1 120 / 11,4%
Boruca	54 / 2,9%	1 733 / 93,4%	-	69 / 3,7%
Cabécar	7 767 / 80,2%	780 / 8,1%	-	1 132 / 11,7%
Chorotega	22 / 2,2%	786 / 79,3%	-	183 / 18,5%
Guaymí (gnöbe y sabanero)	2 078 / 83,6%	135 / 5,4%	-	274 / 11%
Guatuso	204 / 46,8%	204 / 46,8%	-	28 / 6,4%
Térraba	54 / 7,4%	591 / 81,4%	-	81 / 11,2%
Huetar	6 / 0,6%	978 / 97,6%	-	18 / 1,8%
Otro	2 / 8%	21 / 84%	1 / 4%	18 / 1,8%
<b>Total</b>	<b>15 352 / 56,8%</b>	<b>8 782 / 32,5%</b>	<b>1 / 0%</b>	<b>2 906 / 10,7%</b>

El cuadro 6 muestra los números absolutos y relativos de hablantes por adscripción a cada una de las lenguas amerindias consideradas en el Censo del 2000. Nótese nuevamente que el número de ‘ignorado’ no es nada desdeñable cuando se trata de analizar la vitalidad de un idioma amenazado. También debe tenerse en cuenta que los datos recogidos por el Censo en este caso no nos dicen nada sobre el conocimiento de la lengua vernácula que tengan las personas no residentes en los territorios indígenas. En todo caso, se aprecia un número considerable de individuos que reportan no hablar la lengua autóctona (32%), si bien la situación es radicalmente distinta para cada idioma. A este respecto, las lenguas que se encuentran en una mejor situación<sup>41</sup> por el momento son otra vez el guaymí (82%)<sup>42</sup> y el cabécar (79%)<sup>43</sup>, seguidas en este caso por el guatuso (69%)<sup>44</sup> y el bri bri (57%)<sup>45</sup>. La información sobre el térraba, el boruca, el chorotega y el huetar se comentará más adelante. Finalmente, recuérdese de nuevo que los datos no nos proporcionan información reportada precisa sobre el bilingüismo, pues responder que se habla la lengua indígena no implica que no se hable también el español.

**Cuadro 6. Número de hablantes de cada lengua amerindia según el Censo del 2000**

	<b>Sí habla la lengua indígena</b>	<b>No habla la lengua indígena</b>	<b>Ignorado</b>	<b>Total</b>
Bribri	5 647 / 57%	3 273 / 33%	919 / 9%	9 839
Boruca o brunca	70 / 4%	1 694 / 91%	92 / 5%	1 856
Cabécar	7 622 / 79%	961 / 10%	1 096 / 11%	9 679
Chorotega	16 / 2%	776 / 78%	199 / 20%	991
Guaymí (ngöbe o sabanero)	2 041 / 82%	242 / 10%	204 / 8%	2 487
Maleku o Guatuso	300 / 69%	113 / 26%	23 / 5%	436
Teribe o térraba	57 / 8%	571 / 79%	98 / 13%	726
Huetar	7 / 1%	955 / 95%	40 / 4%	1 002
Otro	2 / 8%	19 / 76%	4 / 16%	25
<b>Total</b>	<b>15 762 / 58%</b>	<b>8 604 / 32%</b>	<b>2 675 / 10%</b>	<b>27 016</b>

El Censo del 2000 también nos permite conocer la situación de cada lengua amerindia en cada uno de los territorios indígenas. El cuadro 7 muestra los datos de acuerdo con la información que al respecto aparece en Solano (2004)<sup>46</sup>. Téngase en cuenta que, dado que los datos censales se recogieron por territorio, no nos es posible determinar cuál es la situación particular de cada comunidad dentro de estos. Así, por ejemplo, no sabemos si la situación en cuanto al bri bri difiere en Amubre y Coroma, ambos dentro del territorio de Talamanca, ni tampoco se nos proporcionan datos sobre la diferencia de vitalidad del malecu en Margarita, Tonjibe y El Sol, las tres comunidades que se ubican en el territorio de Guatuso, aunque tal parece que el grado de conservación de este último idioma varía sustancialmente entre las tres (cf. Constenla 1988)<sup>47</sup>.

**Cuadro 7. Hablantes de las lenguas amerindias en cada territorio indígena**

<b>Lengua</b>	<b>Territorio indígena</b>	<b>Habla de la lengua indígena</b>	<b>Lengua natal indígena</b>
Bribri	Salitre	38.1	34.6
	Cabagra	50.8	46.1
	Talamanca bribri	69.2	62.6
	Kékoldi-Cocles	68.9	22.6
Boruca	Boruca	5.7	3.7
	Rey Curré	4.2	4.0
Cabécar	Alto Chirripó	89.0	93.4
	Ujarrás	69.5	67.0
	Tayni	82.7	84.4
	Talamanca cabécar	76.4	73.6
	Telire	89.3	96.9
	Bajo Chirripó	93.9	92.2
	Nairi awari	85.0	85.4

*Continúa...*

Guaymí	Abrojo-Montezuma	99.7	99.4
	Osa	93.7	93.7
	Conte Burica	71.9	72.3
	Coto Brus	89.0	90.5

A simple vista se aprecia que el bri bri se conserva mejor en la región de Talamanca y Kéköldi-Cocles que en Cabagra y, sobre todo, Salitre. Este dato recuerda la tendencia ya presente en 1927, según la cual las lenguas vernáculas mostraban mayor resistencia a su desplazamiento en el área talamanqueña que en el sur del país, donde se ubican en la actualidad los territorios de Cabagra y Salitre. No obstante, nótese también que parece haberse producido en época reciente un corte abrupto en la transmisión intergeneracional del bri bri en Kéköldi-Cocles, pues, si bien se consigna un 68,9% de personas que lo hablan en la actualidad, solo el 22,6% reporta tenerlo como lengua materna. Una interrupción similar, aunque un poco menos pronunciada, parece haberse producido también en la misma Talamanca, lo cual sería indicativo de que la pérdida de la situación de refugio se ha acelerado marcadamente y, con esta, ha decaído la vitalidad del idioma<sup>48</sup>.

Por su parte, el cabécar muestra mayores índices de mantenimiento en todos los territorios, si bien en Ujarrás se aproxima a una condición bastante crítica. Nuevamente, estamos ante una región ubicada al sur de la Cordillera de Talamanca, junto a Cabagra y Salitre. También se confirma en estos datos el aceleramiento del reemplazo del idioma vernáculo en favor del español en Talamanca, como sucede con el bri bri, pues de hecho parece que el cabécar se conserva mucho mejor en Alto Chirripó, Telire y, especialmente, Bajo Chirripó<sup>49</sup>. Para este idioma no se evidencia una distancia abrupta entre los números sobre los hablantes actuales y quienes declaran ser cabecarhablantes nativos para ninguna de las regiones, con la relativa excepción de Telire. El guaymí, por su parte, únicamente muestra signos de fuerte desplazamiento en Conte Burica, pero se conserva en un fuerte estado de resistencia en Abrojos Montezuma<sup>50</sup>. Por último, la situación del boruca se muestra muy similar en los dos territorios.

Insistimos en que los datos del Censo del 2000 deben examinarse con precaución cuando se trata de información difícil de juzgar para una persona común. Por ejemplo, qué se entiende por hablar una lengua resulta fundamental para considerarse hablante de ella; por eso, alguien que se siente étnicamente identificado con el grupo de sus ancestros podría responder que sí habla la lengua indígena, a pesar de conocer apenas unas cuantas palabras. Este problema en la autoconsideración de las personas como hablantes de una lengua salta a la luz de forma más que evidente al observar con atención los datos del Censo del 2000, que consignan 16 hablantes de chorotega y 7 de huetar, aunque ambas lenguas llevan más de dos siglos de extinción y sin que se hayan encontrado suficientes documentos que sirvan para proponer más que algunos esbozos de su gramática y su fonología, además de recopilaciones léxicas muy reducidas. Lo mismo sucede con la cantidad de hablantes de boruca y térraba, claramente muy superior de acuerdo con los datos del Censo de lo que se encuentra en la realidad.

Dado que el Censo del 2000 es el primero en el que se recoge información lingüística detallada para cada grupo, es difícil por el momento aplicar pruebas de validación (cf. Fasold 1996) como la de la comparación de los datos según la variable ‘grupo generacional’, según la cual se analizaría la consistencia de los datos entre lo reportado por un grupo en determinado

momento y lo que ese mismo grupo, en el siguiente censo, declara, sobre todo si se trata de la pregunta por la lengua materna. Lo que sí se puede intentar realizar es una prueba de verificación externa, consistente en comparar datos cuantitativos de otras fuentes con los datos del censo en los mismos rubros (cf. Fasold 1996). A este respecto, se cuenta con los datos del Ministerio de Educación Pública (MEP) de 1987 (cf. Constenla 1988) y de 1997 (cf. Rojas 1997-1998), además de algunos datos específicos para el térraba y el boruca. Empero, debe tenerse en mente también que los datos del MEP tratan de consignar la situación sociolingüística de cada etnia y no solo la de los habitantes de los territorios indígenas, como sucede con el Censo del 2000.

**Cuadro 8. Comparación en números relativos de la cantidad de hablantes de cada lengua**

Lengua	Datos del MEP de 1987	Datos del MEP de 1997	Datos del Censo 2000
Malecu o guatuso	85,71%	70%	69%
Guaymí y Bocotá	83,33%	95%	82%
Cabécar	85,71%	95%	79%
Bribri	66,66%	75%	57%
Boruca	0,25%		4%
Térraba	0,60%		8%
Huetar	0%		1%
Chorotega	0%		2%

De acuerdo con los datos del cuadro 8, se puede apreciar la inconsistencia de los porcentajes de número de hablantes que se han recogido desde 1986, por lo cual no se puede decir que la información proporcionada por el Censo del 2000 pase la prueba de la verificación externa, aunque tampoco pareciera que los datos del MEP sean más confiables, a juzgar por la enorme variabilidad en las cifras consignadas con una diferencia de una década. Si analizamos con detenimiento los datos de cada lengua, vemos que el único caso para el que pareciera haber consenso es para el guatuso, pues las cifras de 1997 al 2000 son muy cercanas y ambas en conjunto consignan una disminución plausible del número de hablantes con respecto a un periodo de 10-13 años en relación con los datos de 1987. Lo que no parece ser tan consistente son los datos del mismo Censo del 2000 con respecto a esta lengua, dado que un 46,8% (204 personas) declararon tener el guatuso como lengua materna, mientras 69% (300 sujetos) informaron hablarlo en la actualidad. Esto es, de acuerdo con la información censal, habría al menos 96 bilingües sucesivos<sup>51</sup>: individuos que primero adquirieron el español como lengua materna y luego aprendieron el malecu en algún momento de su vida.

Pueden formularse varias explicaciones para este apparente aumento del número de guatusohablantes: primero, la incidencia de la labor escolar, que lleva a que algunas personas crean hablar el idioma por haberlo estudiado formalmente; segundo, la aparición de un sentimiento de identificación étnica que provoca que el individuo quiera ser visto como poseedor de un atributo valorado como parte importante de su etnicidad; por último, el problema comentado del posible subregistro de los bilingües simultáneos. En cualquiera de las tres situaciones, lo extraño es que, al realizar la misma comparación para las otras lenguas, no se encuentra tal disparidad numérica, así que habría que indagar qué ocurrió con los guatusos a la hora de aplicar la encuesta o si en este grupo se dan condiciones excepcionales.

En el caso del guaymí, el cabécar y el bribri, por el contrario, los datos del 2000 se alinean mejor con los de 1987 que con los de 1997. Para el guaymí, por ejemplo, los datos del 2000 se acercan mucho a los de 1987 y ambos difieren sustancialmente de los de 1997 (más de 10 puntos porcentuales); en este caso, de hecho, es poco probable que la cantidad de hablantes haya aumentado tanto en una década y que luego haya disminuido a poco menos de lo consignado en 1987 en tan solo tres años, por lo que podría pensarse más bien que el dato erróneo es el de 1997. Esta posibilidad resulta más plausible cuando se observan los datos del cabécar y del bribri, en los que se repite una situación similar: primera cifra de referencia > aumento > disminución. En los tres casos, si se toman los datos de 1987 y del 2000, se podría pensar en un proceso de declinación evidente de la lengua en cuanto al número de hablantes, mientras que los de 1997 resultan incompatibles con este proceso. No obstante, no es posible asegurar con certeza que esto sea así y más bien podría ser que la información tanto de 1987 como del 2000 infravalore el número de hablantes de estas lenguas y que los datos de 1997 se encuentren más próximos a la situación real.

Por su parte, para el boruca y el térraba, los datos de 1987 no coinciden con los del 2000 y no siguen la tendencia indicada, pues, basándose en el Censo, pareciera que ambas lenguas están recuperando hablantes, lo cual contradice el proceso descrito para ambas: pérdida acelerada de sus últimos hablantes fluidos y semifluidos, como se observa en los datos particulares para el térraba (6 hablantes, contando los fluidos y los semifluidos, para un 2% de la población, según Portilla (1986))<sup>52</sup> y las distintas estimaciones sobre el boruca (10 hablantes fluidos y unos 50 semifluidos, para un 2,3% de la población según Rojas (1992); 5 bilingües mayores de 80 años y una treintena de hablantes pasivos, el 0,69% de un total de 5012 individuos, de acuerdo con Quesada y Rojas (1999); una docena de hablantes pasivos y 6 ancianos con competencia en el idioma y que aún lo usan en el ámbito familiar, aproximadamente el 0,72%, según Quesada (2000))<sup>53</sup>. No obstante, podría pensarse también que para estas lenguas el aparente repunte se deba a la introducción de las clases de lengua indígena en el currículum escolar en los últimos años, lo que podría haber provocado que ciertas personas que han aprendido formalmente algo de la lengua vernácula de la etnia declarén que la hablan en la actualidad. Si bien esta explicación parece plausible, no explica por qué no se observa el mismo fenómeno con respecto al bribri y al cabécar, idiomas que también se han incorporado al currículum escolar de las comunidades respectivas.

Por último, podemos formular dos posibles explicaciones para los datos sobre el huetar y el chorotega, ambas lenguas extintas desde el siglo XVIII y que registran hablantes en el Censo del 2000. En primer lugar, si las personas entendieron que los encuestadores se referían al español cuando les preguntaron si hablaban alguna lengua indígena, según el protocolo del Censo, pudieron haber respondido de forma afirmativa porque esa es precisamente la lengua propia del grupo en la actualidad, lo cual se muestra más plausible si se analiza a la luz de la siguiente observación:

Cuando pregunto a los más ancianos huetares si ellos recuerdan en su niñez oír a sus abuelos hablar un idioma distinto, las respuestas han sido algo confusas. Muchos afirman haber oído palabras y frases ininteligibles de parte de los más viejos de sus comunidades, pero tengo la impresión de que se refieren a un castellano plagado de rasgos substrato. Para esto me baso en los testimonios de algunos hablantes actuales, los cuales me han enviado a varios ancianos del pueblo porque, según ellos, conservan el “dialecto”. Pero, en realidad, lo que conservan es una variante dialectal española característica de las llamadas áreas reliquia. (Quesada 1996a: 97)<sup>54</sup>

Otra explicación verosímil es que se trate de hablantes por filiación y no por competencia, en el sentido de que piensan que hablar la lengua vernácula significa conocer alguna que otra palabra o sentirse miembro de la etnia<sup>55</sup>. Esto explicaría también el número elevado de individuos que dijeron hablar térraba y boruca, pues para el hablante “lego” no es necesariamente claro el nivel de competencia lingüística que se implica en la pregunta sobre si se habla un idioma determinado, sobre todo si se recuerda que, en el caso del térraba y el boruca, las lenguas han perdido todas sus esferas de uso y entonces no existe forma de que el sujeto ponga a prueba su competencia comunicativa en ellas<sup>56</sup>. A este respecto, habría que destacar que tal autoidentificación como miembro de un grupo étnico y la respectiva autoconsideración de ser hablante de la lengua vernácula son, desde un punto de vista sociolingüístico, realidades de percepción.

No obstante, hay que recalcar que los datos del Censo del 2000 también nos presentan la situación sociolingüística de las lenguas amerindias, si bien no de forma exacta, al menos sí aproximada<sup>57</sup>, sobre todo en cuanto a su proceso de declinación. Es de lamentar, empero, que este censo no nos proporcione ninguna información sobre otras lenguas minoritarias habladas en el país (especialmente del inglés criollo y el LESCO<sup>58</sup>), lo cual imposibilita inferir por medio de datos numéricos cuál es su situación en la actualidad. Habría que indagar, asimismo, los casos aislados, aunque sumamente interesantes, de personas de etnias no amerindias, residentes en los territorios indígenas, que declararon tener una de estas lenguas como idioma natal (2 afrodescendientes, 1 chino y 7 hispanocostarricenses), así como los que también reportaron hablar la lengua indígena en la actualidad (6 afrocostarricenses, 1 chino y 37 hispanos)<sup>59</sup>.

#### **4. Conclusión**

Pese a todas sus falencias en cuanto a lo que no nos dicen los números (por ejemplo, por qué se pierden las lenguas minoritarias, cuáles son los factores macrosociales que influyen en el desplazamiento lingüístico), no se puede desestimar el valor de la información sociológica que arrojan los censos. Así, estos no solo nos proporcionan cifras que debemos interpretar, sino que además nos brindan posible información acerca de la configuración identitaria de los individuos, como se vio en el caso de los datos sobre los supuestos hablantes de huetar y chorotega y como lo comenta contundentemente Nelde:

[A]ny given answer to a question regarding day-to-day language use is subject to such a complexity of sociological criteria –especially in conflict zones- that even surveys by trained interviewers can lead to skewed results. On replying, the informant will certainly not be thinking of the problems of linguistic variety in his use of language as seen by the interviewer. Rather, consciously or unconsciously, he will maintain a certain loyalty to his group and strive to attain the goal of social identity. Neither Linguistics nor Sociology have the necessary models and methods at their disposal to come to terms with extra-linguistic conditions. Census statistics on individual linguistic behaviour demonstrate more about social identity than about the true language use of the informant (Nelde 2000: 43).

De este modo, los censos poblacionales son aprovechables no solo para analizar estadísticamente algunos de los parámetros relativos a la vitalidad de los idiomas, sino que también arrojan luz sobre la autoidentificación de los individuos con respecto a determinados grupos sociales. En este sentido, una tipología de hablantes que tome en cuenta el nexo entre lengua e identidad también puede resultar muy útil al tratar el tema del desplazamiento de los idiomas y de su situación sociolingüística. Al respecto, siguiendo a Leung *et al* (1997), Block (2007) indica que se puede recurrir a tres criterios para referirse al bilingüismo de una

persona: *bilingüismo por competencia* (pericia lingüística), *bilingüismo por herencia* (idioma de la familia) y *bilingüismo por afiliación* (identificación grupal).

Block explica que los investigadores y los mismos miembros de las comunidades etnolingüísticas suelen acudir al criterio de competencia como el primordial para determinar el bilingüismo, mientras que quienes se ocupan de la educación bilingüe también recurren al criterio de herencia. Este autor considera que ambas posiciones son parciales y propone que se parte de una visión multimodal del bilingüismo que también tome en cuenta la afiliación lingüística tal y como la entienden Leung *et al* (1997): como la identificación o el vínculo que sienten las personas con respecto a una lengua. Solo considerando este componente subjetivo, según Block, puede comprenderse a cabalidad la identidad bilingüe, que incorpora los pensamientos y las emociones, conscientes o no, acerca del modo de entender la relación del individuo con el mundo.

Por consiguiente, debe tenerse muy claro que los censos nos pueden informar sobre la adscripción de los individuos a las categorías de *hablante por herencia* (cuando se pregunta por la lengua materna) y *hablante por competencia* (cuando se interroga por el conocimiento o uso de una lengua en particular), pero en ambos casos media la categoría afectiva de *hablante por identificación* o *afiliación*. Es por ello que siempre hay que tener presente que la información reportada muestra el sesgo de la subjetividad del encuestado, por lo cual siempre resulta fundamental complementarla con la investigación etnográfica<sup>60</sup> si lo que se desea es darse una idea completa de la situación sociolingüística de una comunidad.

En cuanto a los parámetros para “medir” la vitalidad de un idioma, valga recordar que los censos de Costa Rica que han recogido datos lingüísticos solo nos informan acerca de dos de los síntomas de la conservación o del desplazamiento de una lengua: la transmisión intergeneracional y la proporción de hablantes en relación con el total de la población de la etnia, pero no nos dicen nada sobre la competencia real (en términos de capacidad para producir y comprender el idioma en diversos grados), la extensión del bilingüismo (el explícito y el encubierto por razones actitudinales<sup>61</sup>) en cada comunidad, las esferas de uso y las actitudes e ideologías lingüísticas (a no ser por la afiliación etnolingüística ya comentada). En todo caso, se confirma que la transmisión intergeneracional de los idiomas minoritarios en Costa Rica decrece cada vez más y que el bilingüismo español-lengua vernácula que se ha desarrollado en los diferentes grupos ha sido siempre sustractivo (a favor de la lengua del grupo dominante, por supuesto).

En lo relativo a los posibles factores macrosociales que favorecen el desplazamiento, los censos también nos proporcionan datos sobre el reducido número de hablantes de las lenguas minoritarias con respecto al número de usuarios de la lengua del grupo dominante, así como sobre la condición predominantemente rural de las comunidades de habla, pero hay que recurrir a información histórica y antropológica para completar el panorama. Por último, los censos nos brindan información de tipo ideológico, por ejemplo cuando notamos que en los censos de 1927 y 1950 se recogieron datos acerca del idioma materno de los extranjeros de origen europeo y americano, pero no así del LESCO o de las lenguas chinas ni, en el caso del Censo del 2000, del inglés limonense. ¿Acaso tal información carece de interés o se trata más bien de que se sigue con la creencia de que las lenguas de señas y las criollas no son idiomas “con todas las de ley”? Incluso en 1927 y 1950 importó más saber cuál era con exactitud la lengua materna de los extranjeros que la de la población indígena del país. Tal proceder resulta ya de por sí sumamente informativo.

## Notas

1. Deseo agradecerles al Dr. Miguel Ángel Quesada Pacheco y al Dr. Mario Portilla Chaves sus valiosísimos comentarios a una versión previa del presente artículo. Del mismo modo, le agradezco al profesor Henry Angulo Jiménez por haber realizado la revisión y corrección del resumen en inglés.
2. De hecho, el huetar es la única lengua amerindia costarricense que dejó una huella léxica en el español general del país. Solo con fines ilustrativos, hemos de mencionar los topónimos *Curridabat*, *Tibás*, *Aserrí* y *Escazú* en San José, y los sustantivos comunes *pisuicas*, *cas*, *tacaco*, todos de origen huetar (cf. Quesada 1996a, 2006). Del chorotega se conservan algunos topónimos en la provincia de Guanacaste: *Nandayure*, *Curime* y *Nicoya*, entre otros (cf. Quirós 1987).
3. Sin embargo, parece tratarse en realidad de dos idiomas, debido a la fuerte diferenciación léxica intergeneracional que ha llevado a que se distinga entre una forma “original” y una forma “nueva” de LESCO (cf. Woodward 1992a). Además, se informa de la existencia de dos lenguas de señas autóctonas de dos grupos amerindios del país: la lengua de señas brunca (cf. Woodward 1992b) y la lengua de señas bribri (cf. Woodward 1991), las cuales, según análisis lingüísticos de léxico-estadística, constituyen idiomas distintos entre sí y con respecto a las dos variedades de LESCO. En relación con esto último, Woodward (1992b: 7) indica que las condiciones sociolingüísticas que circundan los idiomas señalados en comunidades pequeñas con una población sorda más grande de lo esperado muestran similitudes en varias partes del mundo: “Deaf people in such communities are integrated into the majority of everyday activities in the community; there is no separate deaf community; and there are generally no negative stereotypes of deaf people. The hearing and deaf people in these communities use a sign language that differs in structure from the spoken language(s) in the community”. Tal parece que todo ello se cumple en el caso de las lenguas de señas bribri y brunca.
4. De todas estas posibles lenguas quedaron algunos antropónimos del quepo en manuscritos de los siglos XVI y XVII. A partir de tales datos y basándose en la documentación colonial, Quesada (1996c) plantea la posibilidad de una relación genética entre el quepo y el boruca, pero también considera que hay indicios fuertes para creer que se trataba de una lengua diferente tanto del boruca como del huetar. También se cuenta con algunas palabras del idioma de los zapotes, a partir de las cuales Constenla (1975) determina que se trataba de indígenas ramas. Del mismo modo, Constenla (1994) considera muy probable que los corobicíes hayan sido ramas. Por último, del rama, idioma que aún se habla en Nicaragua (cf. Craig 1986), existe alguna documentación.
5. Por lo demás, los criterios para nombrar a los distintos grupos amerindios que encontraban los españoles eran bastante azarosos y asistemáticos, por lo que no necesariamente respondían a diferenciaciones étnicas con sustento real, como lo comenta Boza (2005).
6. Siguiendo a Appel y Muysken (1996), en el presente trabajo la dicotomía entre *lengua mayoritaria* y *lengua minoritaria* se postula tomando como punto de referencia el contexto social amplio en el que se mueven las personas. De este modo, la lengua mayoritaria se concibe como el idioma hablado por el grupo social que ostenta el poder económico, social o político, de manera que es empleado como la lengua de instrucción y de administración. Por su parte, las otras lenguas que se hablan en una población donde impone una lengua mayoritaria se conciben como idiomas minoritarios. Debe insistirse, entonces, en que esta caracterización responde a la situación social y no es consustancial a ningún sistema lingüístico, por lo que un idioma puede ser mayoritario o minoritario dependiendo del contexto temporal o espacial. Asimismo, debe entenderse que el punto central de la categorización no reside en el tamaño del grupo (recuérdese que, durante varios siglos, los individuos amerindios superaron numéricamente con creces a los conquistadores europeos), sino en el poder y la dominación militar, política, económica o ideológica.

7. En Margery (1990a), se encuentra un análisis del estado de conservación de las actuales lenguas indígenas de Costa Rica aplicando los criterios empleados por Bauman para los idiomas nativos de Norteamérica: proporción de hablantes por edades y grado de bilingüismo, cantidad de hablantes en relación con el total de la población, fluidez, aprendizaje en el hogar, preferencia por la lengua según el ámbito, interferencia de la lengua dominante, capacidad de adaptación de la lengua minoritaria y alfabetización en esta última. De acuerdo con ello, este autor considera que el guaymí está en estado de resistencia; el bribri, el cabécar, el guatuso y el bocotá están en declinación; y el boruca y el térraba se hallan en obsolescencia. En adelante, emplearemos también esta nomenclatura, aunque nuestro análisis se basa únicamente en los criterios de número de hablantes monolingües en la lengua vernácula, monolingües en la lengua dominante y bilingües; lengua materna reportada; y, cuando así lo consigna algún autor, dominios funcionales e interferencia.
8. El censo de 1990 de Ecuador, por ejemplo, pregunta por el idioma hablado más frecuentemente en el hogar (cf. Gleich 2008), lo cual soluciona parcialmente este problema, pues señala con claridad el dominio de uso.
9. No se podría esperar tampoco que hubiera para este momento una consideración adecuada de las condiciones físicas disminuidas. En esta época, se habla de personas “físicamente enfermas” y de “imbéciles” para ciertas condiciones mentales. Por ello, las personas sordas (denominadas “sordomudos”) se incluyen en el padrón de las enfermedades físicas, pero Fernando Esteber, director de la Oficina de Estadística en ese entonces, afirma que muchas de ellas son a la vez “idiotas”, lo que significa que sus capacidades intelectuales son reducidas. En todo caso, es improbable que para este momento estuviera siquiera en ciernes alguna forma de LESCO antiguo.
10. No analizamos, eso sí, los datos sobre lenguas como el francés, el alemán, el italiano, etc. por razones de espacio.
11. El índice de fraccionarización etnolingüístico (IFE) es una metodología que mide la relación entre la fragmentación étnica (establecimiento de varias etnias en un mismo territorio) y el acceso a la educación, la atención en salud y el empleo formal (cf. Mendoza 2002).
12. La diversidad lingüística de esta región cuenta ya con una larga trayectoria, como se aprecia en el relato de la visita de Karl Sapper a La Estrella en 1899, cuando se hospedó en casa de un indígena misquito en Duruy:

Encontramos ahí una abigarrada sociedad, un comerciante italiano, un español, un gigantesco negro de Jamaica, algunos costarricenses y varios indios bribrís, con sus indias[...]. Con las diferencias de los idiomas que allí se hablaban y la exaltación de espíritu de los presentes, reinaba en la casa una mescolanza y confusión de lenguas que no se encuentra fácilmente en otra parte. (Sapper 1942: 27)
13. En la versión publicada de este censo en 1960, no figura la información de tipo lingüístico para la población indígena del país, pero Boza (2004) logró tener acceso a las boletas originales guardadas en el Archivo Nacional de Costa Rica, con las cuales elaboró las bases de datos de las que se desprende su análisis y los datos que presentamos nosotros en este artículo. No incluimos en nuestro cuadro la información sobre El Pozo (100% de castellanohablantes), Golfo Dulce (100% de hablantes de español) y Buenos Aires (99,8% de hispanohablantes y 0,2% de lengua indígena).
14. En el caso del cabécar y el bribri, la determinación de la lengua particular se basa en la información sobre las regiones donde se hablan actualmente estos idiomas según se consigna en Bozzoli (1969), Margery (1989) y Margery (1982). También se tomó en cuenta la información sobre las migraciones talamanqueñas de finales del XIX según Borge (2003).

15. De hecho, según se desprende del informe de Gabb (1875: 388), ya a finales del siglo XIX se evidenciaba un proceso avanzado de declinación del térraba y del boruca: “tanto los Térrabas, como sus vecinos los Bruncas, ó como los llaman los españoles, los Borucas, [...] van perdiendo rápidamente la lengua”: Más adelante este mismo autor comenta: “el pueblo medio civilizado de Térraba, como también los vecinos de estos últimos, los Borucas, van adquiriendo rápidamente el castellano, á expensas de las palabras correspondientes de su propio idioma” (*Ibid*:405). Solórzano (1997) también expone que, de acuerdo con el informe de fray Juan Nieto sobre su visita a distintos pueblos de indios en 1754, los indígenas de Térraba recibían la instrucción cristiana en español, mientras que los de Cabagra la recibían en su lengua autóctona, lo cual es indicativo de la distinta extensión del bilingüismo en tales sitios; empero no es fácil determinar con certeza si se trataba de idiomas diferentes, ya que “estos indígenas [los de Cabagra] procedían mayoritariamente de la región del Caribe y eran denominados por los misioneros teribes o terbis del norte. Sin embargo, ello no significa que dichos pueblos se integraran con indígenas de solo una etnia. Los frailes intentaban concentrar indígenas de etnias diferentes, asignándoles a cada grupo un lugar determinado o “barrio” dentro del pueblo” (Solórzano 2002: 65). A este respecto, es posible que a finales del siglo XVIII la mayoría de la población térraba fuera en realidad bilingüe, a juzgar por el relato de José de Inzaurreandiaga de 1779, quien informa que “todos los de este pueblo hablan la lengua de dichos indios Téribes” (Solórzano 1997: 183). En todo caso, se recogieron diversas listas de palabras en térraba desde finales del siglo XVIII y hasta finales del siglo XIX (cf. Portilla 2003), lo cual es indicativo de que la lengua mantenía al menos alguna vitalidad. En cuanto al boruca, los datos más antiguos datan de mediados del siglo XIX, también en la forma de listados léxicos en su gran mayoría (cf. Quesada 1994), aunque para este idioma se cuenta con un documento escrito por Pittier (1941) con datos que recogió entre 1892 y 1896, el cual contiene 1250 entradas léxicas, varias frases y topónimos y tres textos en la lengua con traducción literal e idiomática al español. En dicho documento, Pittier (1941: 7) afirma que “el idioma está muy empobrecido, como lo comprueban las numerosas expresiones españolas que aparecen en el discurso”, de forma tal que nos informa de otro de los signos del desplazamiento lingüístico: la invasión de préstamos léxicos provenientes de la lengua del grupo dominante (cf. Hagège 2002). De todo lo anterior se desprende que la lengua boruca también se mantuvo con alguna vitalidad por lo menos hasta finales del siglo XIX y aún entrado el XX, pues, de acuerdo con Quesada (1995: 12-13), “todavía durante la primera mitad del siglo XX se encontraban algunos hablantes monolingües en boruca, según cuentan los habitantes mayores de la comunidad”. No obstante, todo apunta a que, para finales del XIX e inicios del siglo XX, el boruca daba muestras claras de su declinación, como se evidencia en las palabras de Gagini (1917: 33): “De nuestros dialectos indígenas este [el boruca] es sin duda el más mezclado con voces castellanas, y por consiguiente el más expuesto a desaparecer primero”. De este modo, el proceso de desplazamiento tanto del térraba como del boruca, si bien debió de haber comenzado poco después de las primeras décadas del sometimiento de sus hablantes, posiblemente se agudizó a partir de la segunda mitad del siglo XIX, como lo comenta Gabb, y llegó a sus últimas consecuencias ya a finales del siglo XX, cuando solo se encontraron unos cuantos hablantes fluidos (cf. Constenla 2007; Portilla 1986; Quesada 1996b; Quesada 2000). Eso sí, a juzgar por la información consignada por los lingüistas, antropólogos y miembros de la comunidad de Boruca en las últimas décadas del siglo XX, es claro que los datos censales de 1927 infraestimaron el número de borucahablantes nativos y, posiblemente, también sobreestimaron la cantidad de hablantes nativos de térraba (véanse las notas 51 y 52). Ignoramos qué pudo haber provocado este sesgo en particular.
16. La amplia vitalidad de las lenguas talamanqueñas fue posiblemente una constante hasta que se empezó a producir la pérdida de la condición de refugio a mediados del siglo XX (cf. Bozzoli 1969). Por ejemplo, en el diario de Talamanca escrito por los misioneros alemanes J. Vicente Krautwig y José Breiderhoff entre 1895 y 1908 (Quesada 2001: 335-453), se aprecia cómo estos tuvieron que recurrir a intérpretes para adoctrinar a los indígenas de la Estrella y cómo tuvieron que utilizar las lenguas autóctonas para el proselitismo y la evangelización: “Los indios de Estrella como los de Coén entienden perfectamente la hermosa doctrina que compuse en su idioma” (361). Del mismo modo, para 1899, se puede interpretar del informe de Sapper (1942) sobre su visita a Chirripó y Talamanca que el bilingüismo cabécar/bribri-español no estaba tan extendido, pues refiere que de sus dos guías de Chirripó “el más joven no comprendía una palabra del castellano y el mayor sólo entendía algunas frases, de manera que no pude conversar con

ellos, y tuve que seguirlos siempre mudo” (Sapper 1942:76). En esta misma tónica, Bovallius relata, en su informe sobre su viaje a Centroamérica entre 1881 y 1883, que en Puerto Viejo encontró cuatro chozas de indios y que estos, aunque ya algo aculturados, no parecían ser bilingües en su mayoría: “Sus ocupantes están aquí en relación con los blancos y son medio civilizados debido a su condición de habitantes de la costa. Uno que otro de ellos hablaba algo de español” (Zeledón 1997a: 124); posteriormente llegaron otros “indios del interior”, quienes no tenían ninguna competencia en castellano: “Los indios eran alegres y de buena índole y se comunicaban conmigo con vivacidad, a pesar que estábamos obligados a hablarnos por señas, porque ninguno de ellos podía hablar una sola palabra en español” (124); en la ribera del Telire tuvo que recurrir a intérpretes y en su recorrido por otras regiones de Talamanca únicamente halló a algunos individuos que podían comunicarse en castellano y a otros con cierta competencia receptiva en este idioma, incluyendo al mismo Antonio Saldaña, rey talamanqueño para ese entonces, quien “había aprendido algo de español” (127). En su informe de 1875, Gabb señala dos veces la sustitución del térraba y el boruca a favor del castellano, pero del bribri no menciona nada de tal desplazamiento, sino que reafirma más bien que este no había sido muy afectado por el contacto con otros idiomas, como tampoco lo había sido el tiribí (el teribe). Por su parte, del cabécar comenta dos situaciones específicas:

la [lengua] Cabécar de Coén, está absorviendo muchas palabras de la Bribri, porque la gente de Coén, aunque entre ellos usan su dialecto local, todos hablan también Bribri, mientras que los últimos, como conquistadores, desprecian á los Cabécares, y nunca procuran aprender su lengua. Los Cabécares de la Estrella rara vez hablan Bribri, pero casi todos lo comprenden, lo mismo que el castellano, y algunos hablan inglés y van adoptando gradualmente varias palabras de éstas dos últimas lenguas. (Gabb 1875: 404)

Lo que resulta más interesante de esta observación es que la situación sociolingüística de los cabécares era distinta dependiendo de la región. Por un lado, se desprende del reporte que el bilingüismo cabécar-bribri era común en las dos comunidades cabécares (aunque era un bilingüismo activo en Coén, mientras que parece que en la Estrella la competencia en bribri era sobre todo receptiva), dato que reafirma en otra parte de su informe: “Pocos son los Bribris que hablan la lengua Cabécar; pero son pocos los Cabécares que no hablan Bribri, y comúnmente usan esta lengua en presencia de los extrajeros” (328); esta misma situación se reporta todavía en la segunda mitad del siglo XX (cf. Stone 1993) y tanto era así que, según Gagini (1917), a inicios del XX los cabécares preferían el bribri a su idioma vernáculo. Por otra parte, parece que el contacto lingüístico del cabécar con otro idioma estaba resultando en una introducción gradual de préstamos en su inventario léxico, pero la lengua prestataria era diferente en cada lugar. En tercer lugar, los cabécares de la Estrella eran en buena medida bilingües cabécar-español y parecen sufrir más aceleradamente la aculturación, como lo indica Gabb en otra parte de su reporte (Gabb 1875: 334). En todo caso, este autor no asevera que el cabécar esté siendo sustituido por alguno de los otros idiomas, sino que está tomando gradualmente varios préstamos de estos, lo cual es un síntoma del contacto lingüístico prolongado y parte del proceso de desplazamiento, pero no necesariamente signo de sustitución. Por último, Gabb también afirma que los cabécares llevados a Tucurrique y Orosi después de la sublevación de 1709 (cf. Solórzano 1997) “aunque ya文明ados, conservan todavía su lengua, pero mezclada con muchos vocablos castellanos” (Gabb 1875: 325), lo cual implicaría que el idioma se había conservado dos siglos aún en el “exilio”, información que se confirma en la crónica de la visita de Thiel a Chirripó en 1882, cuando se anota que el obispo estudiaba en Orosi “la antigua lengua, que es la misma que actualmente hablan los viceitas” (Zeledón 2003: 107) y “la lengua de los tucurriques, que igualmente es, con pocas diferencias, la misma que la de los viceitas” (Ibidem); incluso el cabécar parece haber sobrevivido hasta principios del siglo XX en ambas localidades (cf. Gagini 1917), si bien podría ser que el grado de mantenimiento fuera muy distinto en cada una de estas regiones, dado que, en su relato acerca de Orosi en 1860, Frantzius describe que los viceítas que bajaron al pueblo para trocar mercancías traían a su propio intérprete de Tucurrique: “Como su lengua no es ya bien comprendida por los indios de Orosi, traían consigo un joven de Tucurrique, el cual servía de intérprete” (Zeledón 1997b: 43), lo cual muestra que el cabécar de Orosi debía de estar experimentando para mediados del XIX un fuerte proceso de declinación. Por su parte, la situación del cabécar en Chirripó parece ser de plena vitalidad a finales del siglo XIX de acuerdo con la misma crónica de Thiel, pues este tuvo que recurrir a la ayuda de intérpretes bilingües de Tucurrique y a su propio conocimiento del cabécar para explicar la doctrina cristiana, aunque tampoco se puede descartar que al menos algunos de los cabécares de esta

región fueran también bilingües cabécar-castellano, según se puede interpretar del mismo informe: “S.S. saludó a los dos indios en lengua viceita, preguntándoles de dónde eran y qué estaban haciendo. Uno de ellos, que comprendía la lengua viceita, le contestó claramente a todas sus preguntas en español” (108), pero ciertamente no se trataba de un bilingüismo generalizado. Nótese que los datos censales no nos dicen nada sobre las situaciones de bilingüismo cabécar-bribri ni cabécar-español.

17. De acuerdo con la crónica escrita en 1923 por Amando Céspedes Marín, el bilingüismo castellano-malecu estaba extendido para la fecha de su visita, mientras que, cuarenta años antes, el obispo Bernardo Augusto Thiel tuvo que valerse de intérpretes en su primer viaje al territorio guatuso en 1882 (cf. Zeledón 2003) y, en 1896, el presbítero Daniel Carmona, cronista de la quinta visita de Thiel a los malecus, declara que estos únicamente conocían algunas palabras en español (cf. Zeledón 2003). Si hemos de hacer caso del informe de Céspedes (1923), la situación de bilingüismo se habría mantenido estable incluso hasta la década de los 60, cuando Porras (1959: vi) asegura que “el idioma [el malecu] lo hablan todos”. De ser así, para la fecha de realización del censo de 1927, no cabe duda de que la lengua de los guatusos aún no había iniciado su proceso de declinación. Sin embargo, hay que recalcar que en el Censo no se dice nada de modo explícito, pues, si bien se mencionan las dificultades para llevar a cabo la encuesta en Guatuso (al igual que en otras regiones, como Upala, Talamanca y Osa), no se declara que no se hubiera censado a los malecus.
18. De acuerdo con Portilla (1996), las fuentes coloniales no permiten saber si se trataba de un grupo dialectalmente diferente de los tiribíes, pero luego de su escisión los tiribíes de Panamá se conocen como teribes y los de Costa Rica son llamados térrabas. Sin embargo, ya para finales del siglo XIX, Gabb (1875: 404) afirma que “hay marcadas diferencias entre los idiomas que se hablan en Tiribí y en Térraba”. Según Portilla (1996: 39-40),
 

[hay] indicios que sugieren que las diferencias dialectales de tipo fonológico entre el térraba y el térible se multiplicaron solo desde finales del siglo XIX. Además, la homogeneidad dialectal entre el térraba y el térible que parece haberse mantenido hasta finales del siglo XVIII, hace suponer también que los indígenas trasladados por los misioneros para fundar San Francisco de Térraba en 1695 eran hablantes de una variedad lingüística muy semejante al dialecto de aquellos que permanecieron en la región de Bocas del Toro.
19. Del chorotega se conservan solamente unas 612 palabras extraídas de fuentes directas y 78 tomadas de fuentes indirectas, más unas 79 oraciones (cf. Quirós 1985, 2002).
20. De esta lengua únicamente se cuenta con un registro de unos 200 sustantivos comunes y 450 nombres propios (cf. Quesada 1996a), extraídos de fuentes documentales y del reducido sustrato léxico (sobre todo fitónimos y zoónimos, aunque también varios topónimos) que quedó en el español del Valle Central de Costa Rica (cf. Constenla 1984; Quesada 1996a, 2006). En las fuentes documentales se encuentran alusiones a un catecismo escrito en hueter, pero este no ha podido encontrarse hasta la fecha (cf. Constenla 1984, Quesada 1996a).
21. En el caso del boruca, incluso se cuenta con documentación recopilada, traducida y redactada en este idioma por parte de un mismo miembro de la comunidad: don Espíritu Santo Maroto Rojas, “el filólogo por excelencia del boruca”, como lo denomina Quesada (en Maroto 1999). Don Espíritu, fallecido en 1981, colaboró con Constenla en el primer libro de narraciones bilingües que se publicó en boruca (cf. Constenla y Maroto 1979), pero con anterioridad a esta fecha ya llevaba varios años ocupado en el rescate y difusión de su idioma vernáculo (cf. Maroto 1999).
22. No obstante, el Dr. Mario Portilla Chaves (comunicación personal) apunta que habría que tomar en cuenta que, para 1920, muchos de los anglohablantes habrían nacido en Jamaica y no en Costa Rica, lo cual, en su opinión, provoca que sea difícil comparar la resistencia de las lenguas indígenas con la del criollo.

23. En su relato de 1912, Maurice de Péryny (Quesada 2001: 569-602) hace alusión a los pobladores de la provincia de Limón en estos términos: “En seguida se atraviesa la región de los bananales, sembrados regularmente en largas filas paralelas. Cerca de las estaciones aparecen pequeñas casas de madera, construidas sobre postes, cuadradas, con un techo cubierto de hojas de zinc y una plataforma sobre la cual unos negros, con aire de indolentes, ríen con una risa larga y estúpida. Toda esta región les pertenece, no se ve más que a ellos y solo saben hablar inglés, ¡y qué inglés!” (577). Es difícil saber con total certitud qué se implica con la expresión final, pero no resulta descabellado suponer que se trata de una forma peyorativa de referirse a algo que el autor considera no ser un inglés “correcto”, esto es, la variedad inglesa criolla de los afroantillanos. Nótese, además, que esta población es calificada de monolingüe en inglés, de forma que se confirmaría que el criollo se encontraba para la época con plena vitalidad y aún no se había iniciado el bilingüismo extendido en español, prerrequisito para que se empiece a producir el desplazamiento del “mekaytelyuw”. De igual forma, Meléndez (Duncan y Meléndez 2005: 103) relata cómo, en una conversación sostenida con el reverendo Francis Harrison, este le contó que, a su llegada a Costa Rica en 1930, “llegó a conocer sólo a tres personas negras que hablaron bien el español”. En la historia oral de las comunidades de Cahuita y Old Harbour, se puede apreciar que, pese a que en los años de 1920 habían iniciado los intentos de castellanización de estas regiones mediante el envío de maestros hispanos y la apertura de “escuelas en español”, la población desconfiaba de ellos y más bien se hacían esfuerzos por conservar las “escuelas en inglés”. A ello se aunaba, según los narradores, el hecho de que los maestros castellanohablantes no soportaran el clima, por lo que solían quedarse poco tiempo y, por lo general, enseñar solo el primer grado de escuela. Particularmente en Cahuita, parece que no fue sino a partir de la década de los 40 que se amplió la escolarización en español a los demás grados, lo cual se consolidó en la década de los 50 (cf. Palmer 2000). De esta manera, se entiende perfectamente que en el momento de realización del Censo de 1927 esta población declarara en su totalidad que su lengua materna era el inglés, si bien empieza a notarse en las narraciones de los individuos de Cahuita y Old Harbour que el español ya había entrado en el escenario y comenzaba a presionarse por el reemplazo lingüístico a través de la institución educativa y la necesidad de incorporarse a la vida nacional: “Varios jóvenes de las comunidades de la costa, frustrados -por falta de maestros- en su deseo de aprender español, aprendieron de aquellos amigos suyos que habían podido estudiarlo en Limón” (Palmer 2000: 197).
24. En esta clase (con un 0,2%) probablemente se incluyen las lenguas chinas, que ni siquiera merecieron una categoría aparte en el Censo, lo que de alguna forma revela la valoración que de ellas se ha hecho en nuestro país.
25. Este censo calcula que la población rural de Costa Rica es del 81,2% y la urbana de 18,8%.
26. Las seis personas de zona urbana que reportaron tener una lengua indígena como lengua materna podrían ser emigrantes de las áreas amerindias hacia la ciudad.
27. Al igual que el Censo de 1927, el Censo de 1950 considera que las zonas urbanas son solo las capitales de provincia, por contar estas con “servicios modernos”.
28. Los chorotegas, un grupo aparentemente relacionado con los chiapanecos, habitaban en regiones de Nicaragua y el norte de Costa Rica (Península de Nicoya y costa este del Golfo de Nicoya) y llegaron al país como resultado de su emigración desde México entre los siglos VIII y XIII d.C. (cf. Constenla 1988, Quirós 2002), pero ya para el siglo XVII se suponen muy aculturados, pues incluso fueron los primeros en el actual territorio costarricense en ser sojuzgados y en sufrir una catástrofe demográfica (cf. Quesada 2006, Solórzano y Quirós 2006); de hecho, el chorotega (o mangue) parece haberse extinguido ya en el siglo XVIII (cf. Margery 1990a) o, a más tardar, a mediados del XIX (cf. Quirós 1985). A este respecto, en su informe de 1870 acerca de los aborígenes de Costa Rica, Frantzius declara que no pudo encontrar indicios en la escasa población indígena de Nicoya de que se conservara el idioma vernáculo, sino solo

algunos topónimos; no obstante, considera muy probable que aún queden hablantes en otras partes y realiza una exhortación a que se busquen con el fin de documentar lo que se pueda de su lengua ancestral:

No dudo que en Nicaragua, donde es mayor el número de indios que en Guanacaste y Nicoya, se encuentren aún algunas aldeas chorotegas cuyos habitantes hayan conservado su antiguo idioma. Sería muy meritorio que viajeros provistos de los conocimientos lingüísticos necesarios, coleccionaran los residuos de esta lengua antes de que desaparezca completamente; pues de lo contrario, nuestros conocimientos de ella quedarían reducidos a sólo nombres de lugares y a la mezquina lista de algunas palabras. (Zeledón 1997b: 134)

En 1909, Lehmann (Quesada 2001: 473-538) declara: “En la región de Masaya estuve buscando durante un mes la lengua chorotega, pero es extinta. Solamente pude salvar algunas palabras” (527), de manera que casi 40 años después, de ser acertadas las suposiciones de Frantzius, ya habrían desaparecido los últimos hablantes también en Nicaragua. Pocos años después, Gagini (1917: 9) afirma que “los indios de Nicoya, tan interesantes desde el punto de vista etnológico, hace mucho tiempo que hablan sólo castellano, aunque no sería raro que se encuentren en las montañas algunos que conserven restos de su lengua materna”; luego agrega que recibió del profesor Tristán “algunas frases que recogió de boca de un indio octogenario, muerto recientemente” (9-10) y que en dichas frases halló “varias palabras chorotegas, aunque algo desfiguradas” (10). No queda duda, por ende, de que este idioma ya había desaparecido para inicios del siglo XX, si bien es posible que para ese momento todavía estuvieran vivos los últimos hablantes que recordaban de modo pasivo algunos fragmentos de la lengua (los denominados “rememberers”; cf. Tsunoda 2006). Actualmente los descendientes de esta etnia, quienes no conservan ningún rasgo cultural ancestral a no ser por la confección de un tipo de artesanía, viven en el territorio de Matambú.

29. Antes de la conquista española, los huetares eran los habitantes de gran parte de lo que ahora constituye el territorio costarricense, especialmente el Valle Central y la cuenca de los ríos Grande de Tárcoles y Virilla, hasta la desembocadura del primero en el Océano Pacífico y las llanuras de Siquirres en el Atlántico (cf. Constenla 1984; Quesada 1996a; Ibarra 1990, 1999). Los diversos reinos huetares fueron sometidos paulatinamente por los conquistadores desde el siglo XVI y la población se vio mermada por la práctica de la encomienda, las enfermedades para las que su sistema inmunológico no había desarrollado defensas y la desestructuración de sus sociedades. La sumisión comenzó primero como vasallaje por parte de los caciques y se consumó luego mediante su asentamiento obligatorio en reducciones indígenas (los llamados “pueblos de indios”) controladas por los españoles y la Iglesia. Finalmente, fueron completamente aculturados, con lo que se perdieron su lengua, su religión, su onomástica y todas sus prácticas culturales específicas. En la actualidad, los descendientes de los huetares se concentran en regiones de Puriscal, Mora y Acosta, pero únicamente dos pequeñas poblaciones en Quitirrisí y Zapatón, en San José, se identifican como indígenas (cf. Quesada 1996a). El huetar (o güetar) era la lengua mayoritaria del país con anterioridad a la conquista y al parecer servía como *lingua franca* entre los distintos grupos del sur y del norte, debido al poderío político del señorío del Guarco (cf. Ibarra 1990), por lo que fue tomada como lengua general del territorio por los conquistadores y colonizadores españoles, para predicar por ejemplo entre cabécares y bribris (cf. Constenla 1984, Quesada 1996a), como se desprende de las siguientes palabras del capitán Diego del Cubillo en 1617: “pondré el catecismo y doctrina cristiana en la lengua materna y general de aquella provincia, que llaman *Güetar*, de manera que con facilidad los religiosos puedan administrar los sacramentos y los yndios entender la fee y se puedan confesar” (Fernández 1886: 219). De la cita anterior se desprende que este idioma tenía plena vitalidad a inicios del siglo XVII, pues se concluye que los indígenas no entenderían las prédicas cristianas si estas no se vertían a su lengua vernácula. No obstante, ya para 1676 se afirma que los indígenas que habitaban en los pueblos de indios hablaban el castellano y se prohibió nombrar intérpretes (cf. Ibarra 1999), de modo que ya para esta fecha, aunque posiblemente la lengua todavía conservara una relativa vitalidad, el bilingüismo huetar-castellano estaría generalizado en la población indígena. Al respecto, Quesada (1996a) propone las siguientes etapas en el proceso de muerte de este idioma: resistencia a inicios del siglo XVII, declinación a finales del mismo siglo, y extinción en el siglo

XVIII. Este cálculo de su muerte para el siglo XVIII es compartido también por Constenla (1984). De hecho, el informe de Gabb (1875: 388) no deja duda acerca de la completa extinción del huetar para finales del siglo XIX en los pueblos de indios habitados por huettares: “[los térrabas y borucas] se están aproximando á la condición civilizada de las aldeas de Pacaca, Co, Quircó, &., en Costa-Rica, donde los indios hablan solamente castellano y hasta han perdido las tradiciones de su antiguo modo de ser”.

30. En efecto, pudiera ser que para principios del siglo XX aún quedaran hablantes de cabécar en Tucurrique y Orosi, pues en 1917 Gagini aduce que los “dialectos actuales” de estos dos sitios se encuentran dentro del grupo “talamanca”, junto con “el Bri bri, el Cabécar, el Viceita y los dialectos de la Estrella [y] Chirripó” (Gagini 1917: 22). De lo que no cabe duda es de que la población aborigen de estas regiones había mermado considerablemente, como se lee en este mismo autor: “Las tribus aún existentes, son [...] en la Provincia de Cartago, los indios de Tucurrique y Orosi, de los cuales quedan ya muy pocos (Gagini 1917: 9).
31. Debido a que en la categoría racial ‘negro’ se consignaron para este censo 15 118 individuos, esto indicaría que había una cantidad aproximada de 194 individuos que tenían el inglés como idioma natal pero que no fueron identificados como negros.
32. Empero, como se mencionó en la nota 23, ya para este momento habría tomado mayor fuerza la castellanización de la población, lo cual explica que para mediados de los 80 los mismos habitantes de Cahuita y Old Harbour declararan que los oficios religiosos se llevaban a cabo únicamente en español y que muchos afrodescendientes no hablaban inglés (cf. Palmer 2000).
33. De acuerdo con Herzfeld (2002), el inglés limonense sería hablado por entre 30 y 40 mil personas, pero, tal y como lo muestra el estudio de Spence (1997), esta lengua está sufriendo un proceso acelerado de desplazamiento en la actualidad, pues la amplia mayoría de los afrodescendientes no encuentran ninguna razón para conservar su idioma vernáculo, de modo que la transmisión intergeneracional se está interrumpiendo cada vez más. De hecho, Winkler (2000: 191), si bien asegura que “el bilingüismo [inglés-español] es la norma entre los afrolimonenses”, comenta que entre los jóvenes menores de 18 años se encuentra muy extendida la competencia pasiva del inglés, de modo que, a la hora de responder a una pregunta formulada en esta lengua, lo hacen en español, incluso tratándose de conversaciones con los abuelos.
34. De todas formas, se aprecia que en la misma sección en la que se incluye este grupo en el Censo poco importa la lengua que hablen, pues son caracterizados como una población con discapacidad auditiva y no se toma en cuenta la definición antropológica, la cual en la actualidad ha cobrado más importancia. En vista de que la posesión de una lengua propia suele ser considerado por las comunidades sordas como una marca de identidad, con lo cual el ligamen entre lengua y etnicidad en estos grupos tiende a ser muy fuerte (cf. Burns *et al* 2001), se echa de menos que tales datos tampoco se hayan recogido en el Censo. Nótese que tampoco el Censo de 1950 recogió información al respecto, pese a que, según Retana (1993), el primer dato que se conoce sobre el uso de la lengua de señas por parte de la población sorda se remonta a 1939, cuando se da la fundación de la Escuela de Enseñanza Especial Fernando Centeno Güell. En esta institución, pese a que se implementa en un inicio el método oralista, conducente a hacer que los niños sordos adquieran competencia hablada en español, se da el caldo de cultivo para que los jóvenes sordos de San José entren en contacto y se comuniquen con un sistema lingüístico señalado, al menos durante los recreos. Otro de los puntos de reunión de las personas sordas fue, en la década de los sesenta, un tramo en el Mercado Central de San José, alrededor del cual se encontraban estos para compartir con personas en su misma condición. De estos encuentros surgían constantemente nuevas señas y es de suponer que se producía su respectiva estandarización y difusión.
35. Si bien los censos de 1927 y 1950 no dieron esta posibilidad, es probable que para la época la situación sociolingüística fuera muy distinta y que el número de individuos bilingües lengua indígena-español

fuera mucho menor al que se encuentra en la actualidad. Con respecto al Censo 2000, aunque, según Solano (2004), se indicó que debía anotarse si la persona había adquirido la lengua indígena como lengua materna aún cuando también declarara hablar otro idioma, los datos no nos informan del bilingüismo por la forma en que está formulada la opción ‘solo en español’ (que más bien recoge información sobre el monolingüismo en esta última lengua). Habría que haber contado con la opción ‘en ambas’ para registrar adecuadamente a los bilingües. La situación se complica más si se considera el caso de los bocotás, quienes, por convivir con los guaymíes (grupo numéricamente muy superior), podrían ser incluso trilingües. A modo de evidencia, vale la pena citar la condición que consignan Cabrera y Quirós (1981: 2) a inicios de los 80, si bien estas autoras no aclaran si los individuos trilingües que hallaron eran gnöbes o bocotás: “Algunos de los indígenas se enorgullecen de poder hablar los dos [el bocotá y el guaymí nobere], además del español. Cuando los visitamos nos lo habían saber y para demostrarlo al preguntarles por vocablos en nobere nos daban también la forma en sabanero. Su actitud en este caso era de autosuficiencia. Unos decían que mientras que el hombre blanco sólo habla español ellos tienen la facilidad de hablar tres “palabras” (lenguas)”. Tampoco podemos saber si para el 2000 había cambiado radicalmente la situación de bilingüismo cabécar-bribri que se reportaba para muchos cabécares en el siglo XIX y que Stone (1993: 20) detalla como común todavía en 1961: “[los cabécares] en general entienden y hablan bribri con excepción de los chirripó que no son sus vecinos y tienen poco o ningún contacto con éstos”.

36. Lo extraño es que a partir del rango 50-59 empieza a disminuir de nuevo.
37. Puede leerse en Arroyo (1966: 5) que ya para mediados de los 60, en general, las lenguas indígenas de Costa Rica muestran signos claros de interferencia del español: “Numerosas palabras castellanas o modificaciones de éstas han venido a incorporarse a las lenguas aborígenes”. Asimismo, este autor informa del decrecimiento de hablantes nuevos de estos idiomas y del aumento de actitudes lingüísticas negativas: “Los indios jóvenes y los niños [...] no quieren aprender su lengua materna, a la que miran hasta con vergüenza” (5). A esto se añúa la inferencia de que el bilingüismo posiblemente estaba ya muy extendido: “nuestros informantes, en todas las lenguas indígenas estudiadas, demostraron tener un conocimiento relativamente amplio de nuestro idioma [el castellano]” (66). Estas aseveraciones vendrían a respaldar los resultados que arrojó el Censo del 2000 treinta y cuatro años más tarde, al consignar diversos indicios de desplazamiento lingüístico: interferencia fuerte de la lengua dominante, reducción del número de hablantes nativos y aparición de actitudes lingüísticas negativas.
38. En este sentido, no podemos concordar con el criterio de Solano (2004), para quien los datos de que el 60% de las personas de 5 años o más aprendieron a hablar en la lengua vernácula parecen indicar que no se da una pérdida de estas.
39. Incluso el hecho de que no se emplee la etiqueta ‘dialecto’ -como es lo usual todavía en Costa Rica para referirse a estas lenguas- es indicativo de que el INEC contó con asesoría de profesionales y de que al proceso subyace una visión antropológica muy distinta a la que prevalecía en la ideología de las instituciones censales anteriores.
40. Durante la Colonia, los guaymíes (gnöbes o moves) habitaban la región de Bocas del Toro, de jurisdicción costarricense hasta 1894, aunque en la actualidad dicho territorio pertenece a Panamá. De acuerdo con Laurencich (1974), desde la segunda mitad del siglo pasado, comenzó una inmigración hacia el suroeste de Costa Rica tanto de guaymíes como de bocotás (guaymíes sabaneros) desde Chiriquí, de modo que, en lo que respecta a Costa Rica, la información censal de 1927 y 1950 no los contempla. En relación con los bocotás, en Margery y Rodríguez (1992) se apunta que han sido considerados una sola etnia compuesta por dos grupos culturalmente diversos: uno ubicado en Bocas del Toro y el norte de Veraguas (llamado propiamente “bocotás”) y otro que convive con los guaymíes en el sureste de Chiriquí (los “guaymíes sabaneros”) y que, según Margery (1990b), conforma con estos últimos un *área de habla* (comparten reglas de habla, valores, formas de interactuar y contenidos culturales), por lo que

se observa cómo los bocotás han llegado a asumir elementos guaymíes relativos a su etnohistoria y los han incorporado a su narrativa mezclados con los de la tradición propia (cf. Margery 1990b), aunque aún conservan su lengua, la cual parece diferir fonológica, gramatical y léxicamente del bocotá de Veraguas. Por esta razón, Margery y Rodríguez (1992) prefieren referirse a la variedad lingüística hablada por estos como “bocotá de Chiriquí”. Debido a su reducido número en Costa Rica y a que viven mezclados con los guaymíes, es común que se los agrupe con estos en los conteos estadísticos.

41. Nos referimos, claro está, a la situación de la lengua como tal, a partir del número de personas que reportan hablarla en la actualidad, lo que se suma a los que declararon hablarla como lengua materna. Lamentablemente, parece existir una correlación entre el bienestar socioeconómico de la etnia y la mayor conservación de su lengua, como apunta el análisis de Solano (2004), para quien los diversos indicadores económicos, educativos, de vivienda y de servicios básicos son más desfavorables precisamente para los cabécares y los guaymíes. También esta autora señala la menor proporción de pobladores no indígenas en la mayoría de los territorios ocupados por estos grupos, lo cual debe incidir en la vitalidad del idioma.
42. Para inicios de los 80, Cabrera y Quirós (1981) informan que los guaymíes de Conte Burica, Abrojos y Coto Brus eran bilingües guaymí-español, pero que se encontraban ancianos e individuos que no salían de los territorios y que eran monolingües en gnöbe; además, declaran que los niños entraban a la escuela hablando únicamente guaymí. Del mismo modo, Abarca (1984) comenta que su informante de Coto Brus afirmaba que en Villa Palacios, su lugar de residencia, el bilingüismo en guaymí move-español era generalizado en los jóvenes, mientras que las personas mayores apenas si conocían algunas pocas palabras en español. Según Tenorio (1988: 27), los guaymíes “hablan poco el español” y, de acuerdo con Camacho (1996), el guaymí predomina en las esferas de uso doméstico, pero se aprecia que el español es empleado por las familias más jóvenes. Según este último autor, los ancianos, en particular las mujeres, son monolingües en la lengua vernácula, mientras que los jóvenes son bilingües y muestran una preocupación por hablar español de modo “correcto”. Todas estas observaciones corroboran los datos censales del 2000.
43. Para la década del 80, Margery (1989) refiere que la gran mayoría de los cabécares eran bilingües, mientras que en Tenorio (1988: 14) se informa que “mantienen su idioma cabécar en casi su totalidad”. Nuevamente, se corroboran los datos censales del 2000.
44. Desde finales de los 50 y hasta la primera mitad de los 70, los antropólogos y lingüistas informan de una situación generalizada de bilingüismo malecu-español en los adultos, mientras que de los niños pequeños se dice que son monolingües en malecu (cf. Porras 1959, Bozzoli 1969, Constenla 1975). Como ya se anotó, tal situación de bilingüismo se venía reportando desde 1923 (cf. Céspedes 1923). Según Constenla (1988), para el momento en que inició sus trabajos con esta etnia en los 70, el malecu predominaba como lengua en la comunicación, lo cual consta en su tesis de 1975, en la que asevera que “[t]odas estas personas emplean la lengua en cuestión [el malecu] como medio de comunicación normal, si bien -excepto los niños muy pequeños- hablan castellano, con mayor o menor fluidez según el caso” (Constenla 1975: 2). No obstante, ya para 1993, este mismo autor considera que el porcentaje de monolingüismo en español podría ser superior al 15% de la población (cf. Constenla *et al* 1993), especialmente en los menores de 20 años (cf. Constenla 1988). En su trabajo acerca de los dominios de uso y las actitudes lingüísticas, Constenla (1988) concluye que el desplazamiento del malecu por parte del español es evidente, debido a que, en general, se revela una preferencia mayor por el segundo incluso en las situaciones comunicativas informales, mientras que “el guatuso se está especializando dentro del repertorio de la comunidad como la variedad formal para efectos de las relaciones intragrupales” (*Ibid*:21). En cuanto a las actitudes hacia el idioma vernáculo, parece que estas son positivas, pero se aprecia un incipiente debilitamiento de la lealtad lingüística. Por último, en el censo llevado a cabo por Castillo (2004) en el 2000, se informa que la cantidad de hablantes rondaría el 60% de la población total (unos 230 individuos) y que la mayoría de los menores de 20 años serían monolingües en español. Por consiguiente, los datos censales del 2000 coinciden en general con lo reportado por los diversos investigadores.

45. En cuanto a los cálculos de la cantidad de hablantes, las cifras consignadas previamente por los lingüistas son muy variables: aproximadamente 4000 (Margery 1982) y alrededor de 6000 (Constenla *et al* 1998). En Tenorio (1988) se detalla que, por lo general, los bribris son bilingües español-lengua vernácula.
46. No incluimos en el cuadro los grupos indígenas que habitan en un solo territorio (chorotegas, malecus y térrabas) ni tampoco a los huetares.
47. En nuestro trabajo de campo con esta etnia, hemos constatado que los mismos malecus plantean el distinto grado de vitalidad de su lengua vernácula como una diferencia evidente entre Tonjibe y las otras dos comunidades.
48. A finales de los 60, Bozzoli (1969) informaba que en los territorios del Pacífico estaba generalizado el bilingüismo bri bri-español (en Cabagra el bri bri era hablado universalmente, mientras que en Salitre se encontraban niños que no lo hablaban, principalmente los hijos de matrimonios mixtos hombre bri bri-mujer no bri bri), pero que en las partes altas de Talamanca todavía había personas (especialmente mujeres) monolingües en la lengua vernácula. Casi dos décadas después, Bozzoli (1986) menciona que los jóvenes de las zonas bajas del llano de Talamanca hablan más español que bri bri, mientras que en la cordillera este idioma se conserva en la esfera familiar; por su parte, los bribris del Pacífico son descritos como bilingües en general, excepto los niños y jóvenes, que ya no hablaban el idioma autóctono. Para principios de los 90, se afirma que en Kékoldi todos eran bilingües bri bri/cabécar-español (cf. Palmer *et al* 1992). Los datos censales calzan muy bien con lo informado por Bozzoli, pues en efecto parece que el monolingüismo en castellano siguió aumentado en Salitre y que el bilingüismo de Cabagra, después de 30 años, ya da claras muestras de haber desembocado en monolingüismo en la lengua del grupo dominante. También se corrobora que la vitalidad del bri bri de Talamanca logró resistir más tiempo. Los únicos datos censales que no se corresponden con la información etnográfica son los de Kékoldi, pues sería de suponer que en tan solo una década no habría mermado el bilingüismo de una manera tan pronunciada como se muestra en la información del Censo del 2000.
49. Para finales de los 60, los cabécares del Pacífico se reportan como bilingües, mientras que en Talamanca se menciona la existencia de individuos monolingües, sobre todo mujeres. También para esta época se afirma que en China-Kichá y Ujarrás el uso del cabécar es general (cf. Bozzoli 1969). Esto quiere decir que el desplazamiento del idioma se aceleró en Ujarrás y Talamanca en las tres décadas siguientes. Por otra parte, la región de Chirripó seguiría siendo un área de refugio ancestral. Para mediados de los 80, Bozzoli (1986) indica que es posible que la totalidad de los cabécares en los valles de Pacuare y Chirripó hablen o entiendan la lengua y que existan algunos monolingües en cabécar, mientras que los de Estrella, Telire, San José Cabécar, Mojoncito y Sepecue serían bilingües con grados diversos de competencia en español. Por último, los 231 pobladores de China-Kichá, que no emigraron a Talamanca u otras zonas, hablaban el cabécar en la casa, pero el español en los demás contextos, de forma que se observa la reducción de los dominios de uso del idioma vernáculo, aunque aún parecía conservarse en la esfera íntima familiar. En Ujarrás, por su parte, parece que los jóvenes emplean poco el cabécar. Por último, Budowski y Oliva (1986) detallan el caso de la comunidad de Cerere, atípica según ellas dentro del contexto cabécar por los graves problemas provocados por su contacto intenso con el sistema capitalista, y en la cual los hombres tienen mayor manejo del español que las mujeres por su contacto con la población no indígena, por lo cual “los hijos que asisten a clases dadas en español se alienan de sus propias madres porque no hablan bien el español y tienden a identificarse más con el padre” (Budowski y Oliva 1986: 37).
50. Habría que indagar cuáles son las condiciones específicas de Conte Burica para que el idioma vernáculo muestre mayor desplazamiento que en los demás territorios, pues, según Camacho (1996), la identidad étnico-cultural es fuerte en esta comunidad debido a que su inmigración desde Panamá es reciente y a que se mantiene una comunicación constante con la Nación Guaymí, a lo que se suma su aislamiento.

Por el contrario, Abrojos-Montezuma, el territorio donde se conserva mejor el guaymí, se halla muy cerca de la Carretera Interamericana y tiene mayor contacto con la gente hispánica. Finalmente, para la comunidad de Altos de San Antonio (región no reconocida oficialmente como reserva indígena y que antiguamente formaba parte del área de Abrojos Montezuma), Camacho consigna el claro desplazamiento del guaymí (38,5% de monolingües en español y 56,7% de bilingües en la población mayor de seis años), lo que en su opinión indica que la lengua no está ligada a la identidad étnica en este caso: “Campesinos guaymíes se siguen considerando como tales aún y cuando no hablan su lengua” (Camacho 1996: 72).

51. Suponiendo que dentro de estos 300 estén incluidos los 204 que se declararon malecuhablantes nativos.
52. Constenla (2007) incluso afirma que, al momento de iniciar sus estudios de la lengua, en 1973, únicamente pudo encontrar a dos personas que realmente se podían considerar como hablantes plenos. Para 1967, Bozzoli (1969: 37) informa que había ocho hablantes de térraba y que la generación que en ese momento tenía entre 30 y 50 años estaba conformada por hablantes receptivos (“aunque ellos mismos no lo hablan, lo entienden [el térraba]”), pues sus padres sí hablaban el idioma, pero casi veinte años después, esta misma autora declara conocer únicamente dos personas mayores con competencia en térraba y algunos individuos mayores con competencia pasiva (cf. Bozzoli 1986). No deja de resultar un tanto extraño, empero, que ni Gagini (1917) ni Arroyo (1966) hayan comentado acerca del avanzado estado de desplazamiento de este idioma, contrario a lo que anotaron para el boruca.
53. Ya en 1966, Arroyo describe el evidente desplazamiento de este idioma y augura su desaparición: “En Boruca solamente los adultos y los ancianos practican su lengua. Creemos que dentro de algunos años el brunka sólo será un recuerdo de la Historia” (Arroyo 1966: 5-6). Para 1979, Constenla y Maroto (1979: 13) afirmaban que “el número de sus hablantes [de boruca] se desconoce, ya que al parecer son una mayoría de los miembros de la tribu que no tienen dominio activo de la misma o que del todo no la comprenden”. Diez años antes, Bozzoli (1969: 37) escribió: “En Boruca dicen que “nadie habla idioma” excepto tres ancianas, pero la autora de este libro, escuchó dos mujeres como de 30 a 40 años hablando largo rato y hablándole a niños pequeños y éstos contestando. Alguna gente joven entiende el idioma aunque no lo habla”. Don Nemesio González, miembro de la comunidad de Boruca, le proporcionó al Dr. Miguel Ángel Quesada Pacheco (comunicación personal) los nombres de las personas que, según recordaba, para 1950 eran monolingües en la lengua vernácula (14 en total) y de las que eran bilingües (62 individuos). Este dato vendría a reforzar lo informado por Bozzoli, pues indicaría que, en efecto, unos 15 años después, quedarían al menos varios hablantes bilingües. Esta misma autora afirma haber escuchado a mujeres de unos 40 años hablar en boruca a mediados de los 60, de modo que posiblemente estas serían las últimas ancianas bilingües que se encontraron al aproximarse el fin de siglo. Para finales de los 80, Tenorio (1988) informa que el idioma lo hablan escasas personas, casi solo mayores, lo cual confirma Bozzoli (1986), que consigna 5 hablantes plenos y 11 pasivos. Por su parte, Quesada (1995: 13) asegura que existen muchos adultos que pueden entender perfectamente la lengua y que son capaces de pronunciarla bien, pero que “no se animan a expresarse” en ella, por lo que “algunos solamente dicen ciertas frases como aprendidas de memoria”. Según este lingüista, para mediados de los 90 quedaban varias decenas de hablantes pasivos de boruca.
54. No lo podemos asegurar, pero es muy probable que los encuestadores hayan empleado el término “dialecto” en lugar de “lengua indígena”, en vista de que la práctica común en Costa Rica sigue siendo hasta la fecha referirse a tales idiomas con la etiqueta peyorativa de dialecto. De ser así y partiendo de lo anotado por Quesada, es claro que algunos de los actuales descendientes de los huetares habrían supuesto que el encuestador se refería a la variedad local del castellano.
55. No obstante, lo curioso es que las personas que declararon ser hablantes de huetar y tener esta misma lengua como idioma natal son de Quitirrisí, un territorio que, de acuerdo con Quesada (1996a: 210-211), se encuentra muy cerca de San José y muestra un éxodo creciente de pobladores que buscan trabajo en la

capital, “lo cual pone en mayor desventaja los movimientos de resurrección de la conciencia indígena en la zona”. Por el contrario, no se registraron hablantes para Zapatón, pese a que, según el mismo Quesada, se trata de un hábitat parecido al talamanqueño.

56. Es conocido el hecho de que la persona sobrevalore su competencia en una lengua si no se enfrenta a su empleo con hablantes nativos en situaciones comunicativas reales.
57. En términos de la fiabilidad de la información censal, eso sí, el problema que conllevan los datos “erróneos” del Censo del 2000 es que estos se toman como referencia para estadísticas a nivel mundial. Así, por ejemplo, según el *Atlas UNESCO de las Lenguas en Peligro en el Mundo*, versión 2009, en Costa Rica se hallan nueve lenguas amenazadas. Según la tipología que sigue esta institución, la situación de estas lenguas es la siguiente: el boruca, el teribe (en realidad, el térraba) y el chorotega están en situación crítica; el bribri, el cabécar y el guaymí se encuentran en situación vulnerable; el criollo limonense está en peligro; y el guatuso y el ngäbere se catalogan como seriamente en peligro. No obstante, la situación global se señala como vulnerable para el ngäbere y el teribe, en el sentido de que estas dos lenguas cuentan con hablantes en Panamá. Interesa aquí señalar los errores en la consideración del estado de algunas de estas lenguas, debido precisamente a las inexactitudes de las fuentes. En primer lugar, como ya se comentó, el térraba (variedad costarricense del teribe o naso) quizás debería considerarse como extinta, pues no quedan hablantes fluidos ni semifluidos. Por su parte, el chorotega debe considerarse extinta sin lugar a dudas, y no en situación crítica, pues los 16 hablantes que reporta el Censo no son tales (ni siquiera es posible que sean hablantes infrafluidos). En segundo lugar, se da a entender que el guaymí y el ngäbere son lenguas distintas, debido posiblemente a un problema en la denominación de las lenguas. Así, el Censo del 2000 en realidad habla de guaymíes como término global que incluye a los ngöbe y sabaneros, dos etnias distintas con sus propias lenguas que cohabitan en los mismos territorios tanto en Panamá como en Costa Rica. De hecho, a los ngöbe se los suele llamar guaymíes propiamente dichos (ngöbe o ngäbe es la autodenominación del grupo y ngäbere es el nombre de su lengua, cf. Lininger 1981), mientras que los sabaneros se conocen en realidad como guaymíes sabaneros o bocotás. El *Atlas* toma los datos del Censo en su totalidad (incluyendo ngöbes y bocotás) al referirse a los guaymíes, mientras que se basa en un “recent article by Constenla” (no se especifica ninguna referencia bibliográfica) para consignar la cifra de 2174 hablantes del ngäbere, del que señala que otro nombre alternativo para este grupo es guaymí. Con esto, surge una confusión achacable a la variedad de nombres con los que muchas veces se denomina la misma lengua. Finalmente, llama la atención que, a pesar de que el Censo señala la existencia de 7 hablantes de huetar, el *Atlas* no tome en consideración este idioma, lo cual es correcto tratándose de una lengua extinta desde el siglo XVIII.
58. Específicamente en cuanto a este idioma, lo que interesaría saber más bien es si está aumentando el número de usuarios, si la lengua se está extendiendo dentro de la población sorda, y también si la cifra de personas que declaran tenerla como lengua materna (especialmente jóvenes y niños) muestra una mejoría de las circunstancias de socialización de las personas sordas, con el fin de diseñar o fortalecer una política educativa nacional que brinde las condiciones necesarias para que los niños con audición reducida o nula no vean retrasado su proceso de adquisición del lenguaje.
59. Es probable que en el segundo caso se trate de sujetos que han recibido clases de alguna lengua indígena en la escuela (en el caso de los hispanos, se reportan 7 personas en el rango etario de 0-9 y 13 en el de 10-19; ninguno de los afrodescendientes ni el chino se ubican en estos rangos), aunque la hipótesis de una identificación fuerte con el grupo indígena no puede descartarse a este respecto si se consideran las edades de muchos de los sujetos y se deduce que no pudieron haber recibido clases formales de estos idiomas en la escuela (3 de 20-29, 5 de 30-39, 3 de 40-49, 2 de 50-59, 3 de 60-69 y 1 de 70-79), y sobre todo cuando se considera que la mayoría de los individuos hispanos que habitan en dichas regiones suelen ser monolingües en español (5083 personas; esto es, aproximadamente el 85%). Tampoco los afrodescendientes declararon en su mayoría hablar la lengua indígena (un 70%). Lo que estos últimos datos revelan es la poca disposición de los individuos no indígenas a aprender la lengua vernácula de

los amerindios con los que comparten territorio. En todo caso, si bien resultaría muy inusual, no se puede descartar tampoco que se trate en efecto de individuos no indígenas que han aprendido la lengua, sobre todo si la siguiente información incluida en Bozzoli (1969: 37) es cierta: “Hay niños y algunos adultos blancos en la reserva [malecu] que han aprendido guatuso, lo cual no ha sucedido en localidades indígenas no guatusas”. En relación con este dato, en nuestro trabajo de campo en las comunidades guatusas nos han informado varias veces que todavía quedan algunos individuos “blancos” que vivieron en el territorio y que hablan el malecu con total fluidez, lo cual corrobora la observación de Bozzoli. Empero, tales no indígenas que hablan una lengua amerindia según el Censo del 2000 están distribuidos entre todas las etnias, excepto en la chorotega, aunque en mayor número en la bri bri, la cabécar y la guaymí, así que lo reportado por Bozzoli acerca de que todos habitan con los guatusos habría cambiado en la actualidad.

60. Si bien hay que reconocer que en este caso lo que podría entrar en juego es el sesgo del observador.
61. Es muy probable que el bilingüismo encubierto sea bastante común, al menos en determinadas comunidades, como queda en evidencia en el informe de Budowski y Oliva (1986: 38) sobre Cerere: “Aunque algunos indígenas sabían hablar cabécar, negaron el hecho”. De ser así, habría dos tendencias opuestas que actuarían sobre la exactitud estadística de la cuantificación de hablantes: un sesgo que sobredimensiona la cantidad (la autoadscripción etnolingüística) y otro que infravalora la cifra (el bilingüismo encubierto).

## Bibliografía

- Abarca González, Rocío. 1984. *Análisis fonológico del guaymí move*. Tesis de Licenciatura en Lingüística: Universidad de Costa Rica.
- Appel, René y Pieter Muysken. 1996. *Bilingüismo y contacto de lenguas*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Arel, Dominique. 2002. “Language categories in censuses: backward- or forward-looking?”. En: Kertzer y Arel (eds.), 92-120.
- Arias Quirós, Ana Cecilia *et al* (eds.). 2003. *II Congreso sobre pueblos indígenas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Arroyo Soto, Víctor Manuel. 1966. *Lenguas Indígenas Costarricenses*. San José: Editorial Costa Rica.
- Barrantes, Ramiro, María Eugenia Bozzoli y Patricia Gudiño. 1986. *Memorias del Primer Simposio Científico sobre Pueblos Indígenas de Costa Rica*. San José: MOPT.
- Block, David. 2007. “Bilingualism: Four Assumptions and Four Responses”. *Innovation in Language Learning and Teaching*. 1(1): 66-82.
- Borge, Carlos. 2003. “Caracterización sociocultural de los cabécares de Chirripó”. En: Arias *et al* (eds.), 77-87.

- Boza, Villarreal, Alejandra. 2004. *Indígenas, comerciantes, transnacionales y Estados. Población, comercio y política entre las poblaciones indígenas de la Gran Talamanca, Costa Rica (1840-1930). (Chirripó, Estrella, Talamanca y Pacífico Sur)*. Tesis de maestría en Historia: Universidad de Costa Rica.
2005. “La población indígena de la Gran Talamanca: tamaño y ubicación. Costa Rica, 1840-1927”. *Revista de Historia*. 51-52: 9-78.
- Boza Villarreal, Alejandra y Juan Carlos Solórzano Fonseca. 2000. “El Estado nacional y los indígenas: el caso de Talamanca y Guatuso. Costa Rica, 1821-1910. *Revista de Historia*. 42: 45-79.
- Bozzoli de Wille, María Eugenia. 1969. *Localidades indígenas costarricenses*. San José: Educa.
- Bozzoli de Wille, María Eugenia. 1986. *El indígena costarricense y su ambiente natural: Usos y adaptaciones*. San José: Editorial Porvenir.
- 1995-1996. “La población costarricense: diversidad, tolerancia y discriminación”. *Herencia*. 2(1995)-1(1996): 131-148.
- Brenzinger, Matthias. 2007. “Language Contact and Language Displacement”. En: Coulmas (ed.), 273-284.
- Budowski, Mónica y Karl Oliva. 1986. “Estudio sobre una comunidad cabécar: El bloqueo de innovaciones y el empeoramiento de la situación nutricional”. En: Barrantes *et al* (eds.), 33-39.
- Burns, Sarah, Patrick Matthews y Evelyn Nolan-Conroy. 2001. “Language attitudes”. En: Lucas (ed.), 181-215.
- Cabrera Monge, Leonor y Violeta Quirós Bonilla. 1981. *Ánalisis tagmémico del nobere, dialecto del guaymí*. Trabajo final de graduación en Lingüística: Universidad de Costa Rica.
- Camacho Nassar, Carlos. 1996. *En la frontera del siglo XX. La exclusión de los guaymíes en Costa Rica*. San José: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.
- Castillo Vázquez, Roberto. 2004. *An Ethnogeography of the Maleku Indigenous Peoples in Northern Costa Rica*. Tesis doctoral: Universidad de Kansas.
- Censo de Población de Costa Rica 1950*. 1953. San José: Dirección General de Estadística y Censos.
- Censo de Población de Costa Rica 1927*. 1960. San José: Dirección General de Estadística y Censos.

Censo Nacional de Población 2000. 2002. San José: Instituto Nacional de Estadística y Censos.

Céspedes Marín, Amando. 1923. *Crónicas de la visita oficial y diocesana al Guatuso*. San José: Imprenta Lehmann.

Chen Apuy, Hilda. 1992. “La minoría china en Costa Rica”. *Reflexiones*. 5: 11-19.

Constenla Umaña, Adolfo. 1975. *La lengua guatusa: fonología, gramática y léxico*. Tesis de Licenciatura en Filología española: Universidad de Costa Rica.

1984. “El huetar: Observaciones sobre los materiales disponibles para su estudio y sobre las hipótesis en torno a sus afinidades lingüísticas”. *Revista de Filología y Lingüística*. 10 (2): 3-18.

1988. “El guatuso del Palenque Margarita: su proceso de declinación”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 7: 7-37.

1994. “Las lenguas de la Gran Nicoya”. *Vínculos*. 18-19 (1-2): 191-208.

2007. *La lengua de Térraba: Esbozo fonológico y gramatical, y pequeño diccionario*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Constenla Umaña, Adolfo y Espíritu Santo Maroto. 1979. *Leyendas y tradiciones borucas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Constenla Umaña, Adolfo, Eustaquio Castro y Antonio Blanco. 1993. *Laca majifijica. La transformación de la tierra*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Constenla Umaña, Adolfo, Feliciano Elizondo Figueroa y Francisco Pereira Mora. 1998. *Curso básico de bribri*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Coulmas, Florian (ed.). 2007. *The Handbook of Sociolinguistics*. Oxford: Blackwell Publishing.

Craig, Colette. 1986. “Indigenous languages of Nicaragua of Chibchan affiliation”: *Estudios de Lingüística Chibcha*. 4: 47-55.

Crystal, David. 2001. *La muerte de las lenguas*. Cambridge: Cambridge University Press.

Duncan, Quince y Carlos Meléndez. 2005. *El negro en Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.

Fasold, Ralph. 1996. *La Sociolingüística de la Sociedad. Introducción a la Sociolingüística*. Madrid: Visor Libros.

- Fernández, León. 1883. *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica*. Tomo III. San José: Imprenta Nacional.
1886. *Colección de documentos para la Historia de Costa Rica*. Tomo V. París: Imprenta Pablo Dupont.
- Gabb, William M. 1875. “Tribus y lenguas indígenas de Costa Rica”. En: Fernández (1883), 303-486.
- Gagini, Carlos. 1917. *Los aborígenes de Costa Rica*. San José: Imprenta Trejos Hermanos.
- Gleich, Utta von. 2008. “Conflictos de ideologías lingüísticas en sistemas educativos: tres décadas (1975-2005) de observación y análisis en los países andinos Bolivia, Ecuador y Perú”. En: Süsselbeck, Mühlischlegel y Masson (eds.), 341-366.
- Hagège, Claude. 2002. *No a la muerte de las lenguas*. Barcelona: Paidós.
- Herausgegeben, Ulrich Ammon von *et al* (eds.). 2006. *Sociolinguistics: An International Handbook of the Science of Language and Society*. Berlin: Walter de Gruyter.
- Herzfeld, Anita. 2002. *Mekaytelyuw: La lengua criolla*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Ibarra Rojas, Eugenia. 1990. *Las sociedades cacicales de Costa Rica (siglo XVI)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
1999. *Las manchas del jaguar. Huellas indígenas en la Historia de Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Kertzer, David I. y Dominique Arel (eds.). 2002. *Census and Identity. The Politics of Race, Ethnicity, and Language in National Censuses*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Laurencich, Laura. 1974. “Un grupo de indios guaymíes en Costa Rica”. *América Indígena*. xxxiv (2): 369-380.
- Leung, Constant, Roxy Harris y Ben Rampton. 1997. “The Idealised Native Speaker, Reified Ethnicities, and Classroom Realities”. *TESOL Quarterly*. 31 (3): 543-560.
- Liniger Ross, Bárbara. 1981. “Estudios sobre el guaymí ngäbere: fonología, alfabeto y diccionario provisional”. *Revista de Filología y Lingüística*. 7 (1-2): 101-115.
- Lluís i Vidal-Folch, Ariadna y Azucena Palacios Alcaine (eds.). 2004. *Lenguas vivas en América Latina*. Madrid/Barcelona: Universidad Autónoma de Madrid e Institut Català de Cooperació Iberoamericana.

- Lucas, Ceil (ed.). 2001. *The Sociolinguistics of Sign Languages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Margery Peña, Enrique. 1982. *Diccionario fraseológico bribri-español/español-bribri*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
1989. *Diccionario cabécar-español / español-cabécar*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- 1990a. “Estados de conservación de las lenguas indígenas de Costa Rica frente al español”. En: Sánchez (ed.), 257-266.
- 1990b. “La leyenda del origen de Jirondai en una versión bocotá de Chiriquí: texto y comentarios”. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*. XVI (1): 97-110.
- Margery Peña, Enrique y Francisco Rodríguez Atencio. 1992. *Narraciones bocotás (dialecto de Chiriquí)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Maroto Rojas, Espíritu Santo. 1999. *Lengua o dialecto boruca o brúnkajk*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Mendoza Picado, Leda. 2002. *Los afrocaribeños e indígenas en Costa Rica en el año 2000: ¿Existe inequidad en el acceso a salud, educación y empleo debido a su origen étnico?* Trabajo final de graduación de la Maestría en Población y Salud: Universidad de Costa Rica.
- Nelde, Peter Hans. 2000. “Identity among bilinguals: An ecolinguistic approach”. *Estudios de Sociolinguística*. 1(1): 41-46.
- Palmer, Paula, Juana Sánchez y Gloria Mayorga. 1992. *Vías de extinción. Vías de supervivencia. Testimonios del pueblo indígena de la Reserva KéköLdi, Costa Rica*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Palmer, Paula. 2000. “Wa’apin man”. *La historia de la costa talamanqueña de Costa Rica, según sus protagonistas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Pittier, Henri. 1941. *Materiales para el estudio de la Lengua Brunka hablada en Boruca recogidos en los años de 1892 a 1896*. San José: Museo Nacional.
- Porras Ledesma, Álvaro. 1959. *El idioma guatuso (fonética y lexicología)*. Tesis de Licenciatura: Universidad de Costa Rica.
- Portilla Chaves, Mario. 1986. “Un caso de muerte de lenguas: el térraba”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. V: 97-246.

1996. “Cronología de algunas innovaciones fonológicas en térraba y en térible según documentos de los siglos XVIII y XIX”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 15: 27-42.
2003. “Un manuscrito de térraba del siglo XIX”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 22: 7-32.
- Putnam Lara, Elizabeth W. 2004. “La población afrocostarricense según los datos del censo 2000”. En: Rosero (ed.), 375-398.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel. 1994. “La lengua boruca en manuscritos del siglo XIX”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 13: 7-100.
1995. *Hablemos boruca (Chá din̄ di<sup>v</sup> tégat tegrá)*. San José: Ministerio de Educación Pública.
- 1996a. *Los Huetares: historia, lengua, etnografía y tradición oral*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- 1996b. *Sháñi rójc brúñicajc rójc. Narraciones borucas*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- 1996c. “El idioma de los quepos”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 15: 59-76.
2001. *Entre silladas y rejoyas. Viajeros por Costa Rica de 1850 a 1950*. Cartago: Editorial Tecnológica de Costa Rica.
2006. “Toponimia indígena de Costa Rica”. *Revista de Filología y Lingüística*. 32 (2): 203-259.
- Quesada Pacheco, Miguel Ángel y Carmen Rojas Chaves. 1999. *Diccionario boruca-español/ español-boruca*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Quesada Pachecho, Juan Diego. 2000. “Synopsis of a Boruca terminal speaker”. *Amerindia*. 25: 65-86.
- Quirós Rodríguez, Juan Santiago. 1985. “Observaciones sobre la tipología de la lengua chorotega o mangue”. *Revista de Filología y Lingüística*. XI (2): 93-97.
1987. “Términos chorotegas en la toponimia guanacasteca”. *Letras*. 15-16-17: 161-170.
2002. *Diccionario Español-Chorotega/Chorotega-Español*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Retana Castro, Priscilla. 1993. *Descripción del aspecto verbal en la lengua costarricense de señas*. Tesis de Maestría: Universidad de Costa Rica.

- Rojas Chaves, Carmen. 1992. “Morfología derivativa de la lengua boruca”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 11: 35- 64.
- 1997-1998. “Revitalización lingüística de las lenguas indígenas de Costa Rica”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 16:9-17.
- Rosero Bitby, Luis (ed.). 2004. *Costa Rica a la luz del Censo del 2000*. San José: Centro Centroamericano de Población de la Universidad de Costa Rica, Proyecto Estado de la Nación e Instituto Nacional de Estadística y Censos.
- Sánchez Corrales, Víctor (ed.). 1990. *Memoria del IV Congreso Costarricense de Filología, Lingüística y Literatura*. San José: Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica.
- Sapper, Karl. 1942. *Viajes a varias partes de la República de Costa Rica 1899 y 1924*. San José: Imprenta Universal.
- Solano Salazar, Elizabeth. 2004. “La población indígena en Costa Rica según el censo 2000”. En: Rosero (ed.), 341-373.
- Solórzano Fonseca, Juan Carlos. 1997. “Indígenas insumisos, frailes y soldados: Talamanca y Guatuso, 1660-1821. *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 23(1-2): 143-197.
2002. “Evangelización franciscana y resistencia indígena: Dos rebeliones en la frontera entre Costa Rica y Panamá (Cabagra, Térraba, 1761 y Bugaba, Alaján, 1787). *Anuario de Estudios Centroamericanos*. 28 (1-2): 57-88.
- Solórzano Fonseca, Juan Carlos y Claudia Quirós Vargas. 2006. *Costa Rica en el siglo XVI. Descubrimiento, exploración y conquista*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Spence Sharpe, Marva. 1997. “A case study of language shift in progress in Port Limón, Costa Rica”. *Revista de Filología y Lingüística*. 23 (1): 225-234.
- Stone, Doris. 1993. *Las tribus talamanqueñas de Costa Rica*. San José: Comisión Costarricense V Centenario del Descubrimiento de América.
- Süselbeck, Kirsten, Ulrike Mühlweg y Peter Masson (eds.). 2008. *Lengua, Nación e Identidad. La regulación del plurilingüismo en España y América Latina*. Madrid: Iberoamericana Vervuert.
- Tenorio Alfaro, Luis. 1988. *Las comunidades indígenas de Costa Rica*. San José: Imprenta Nacional.

- Tsunoda, Tasaku. 2006. *Language Endangerment and Language Revitalization*. Berlín: Mouton de Gruyter.
- Verdoordt, Albert F. 2007. “The Demography of Language”. En: Coulmas (ed.), 33-43.
- Vries, John de. 2006. “Language Censuses”. En: Herausgegeben *et al.* (eds.), 1104-115.
- Winkler, Elizabeth Grace. 2000. “Cambio de códigos en el criollo limonense”. *Revista de Filología y Lingüística*. 26 (1): 189-196.
- Woodward, James. 1991. “Sign Language Varieties in Costa Rica”. *Sign Language Studies*. 73: 329-346.
- 1992a. “Historical Bases of New Costa Rican Sign Language”. *Revista de Filología y Lingüística*. 18 (1): 127-132.
- 1992b. “A preliminary examination of Brunca Sign Language in Costa Rica”. *Estudios de Lingüística Chibcha*. 11: 7-12.
- Zeledón Cartín, Elías (ed.). 1997a. *Viajes por la República de Costa Rica I: Oersted-Belly-Bovallius*. San José: Editorial de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
- 1997b. *Viajes por la República de Costa Rica II: Frantzius-Hoffmann-Polakowsky*. San José: Editorial de la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.
2003. *Crónicas de los viajes a Guatuso y Talamanca del Obispo Bernardo Augusto Thiel 1881-1895*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Zimmermann, Klaus. 2004. “Ecología lingüística y planificación lingüística”. En: Lluís i Vidal-Folch y Palacios (eds.), 93-125.